

8 293

22A

BIBLIOTECA CÓMICA

Tomo VIII.

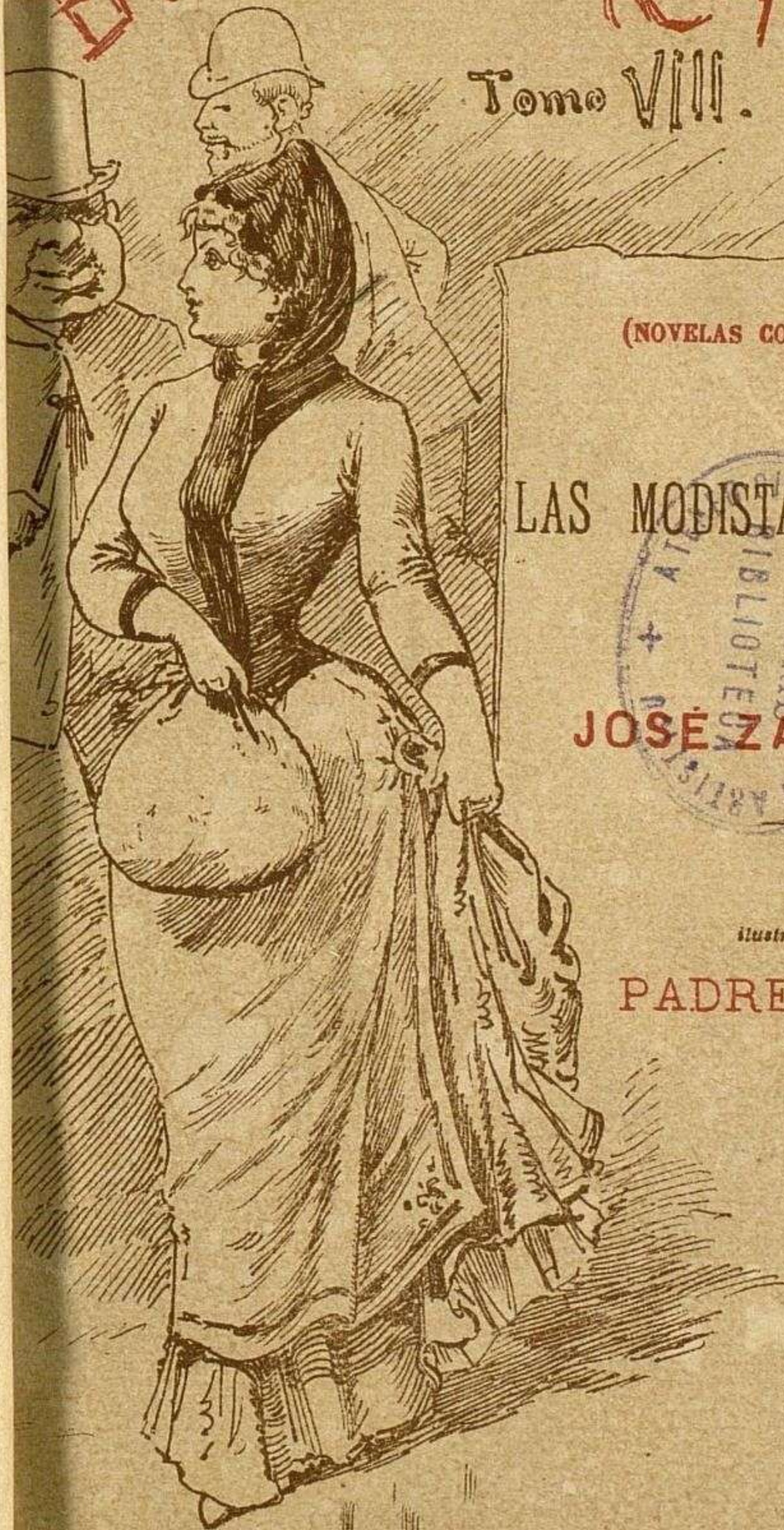
(NOVELAS CORTAS Y ALEGRES)

LAS MODISTAS REVOLTOSAS

JOSE ZAHONERO

ilustraciones del

PADRE COBOS



LAS MODISTAS REVOLTOSAS

BIBLIOTECA CÓMICA

(NOVELAS CORTAS Y ALEGRES)

LAS MODISTAS REVOLTOSAS

POR

JOSÉ ZAHONERO

con ilustraciones del

PADRE COBOS



ADMINISTRACIÓN
REJAS, NÚM. 4, ENTRESUELO
MADRID

Imp. de G. Osler, Espiritu Santo, 18,



LAS MODISTAS REVOLTOSAS

Á mi querido amigo

DIEGO CARRASCO.

Cuando Felipe se asomaba á la ventana de su estudio, que daba á un patio interior de la casa, descubría cosiendo en el corredorcillo del tercero á Carmen y en el balcón del estresuelo á Isabelita.

La una era rubia, y el sol hacía brillar sus cabellos como el oro; blanca, pintadita de menudas pecas, con ojos retozones en los cuales se mezclaba á la luz por ellos reflejada una expresión de alegría tan pura como la de un niño.

La otra era morena, de tez y ojos de jitana, boca pequeña y mirar atrevido y burlón, con unos ojos rasgados y negros, capaces de trastornar al hombre de más fuerza de voluntad y de mayor dominio sobre sí mismo que haya existido ó exista en el mundo.

El pintor saludaba á una y á otra, y dejando entreabierta la ventana, se ponía á trabajar, no sin levantarse mil veces al figoneo de lo que podía ocurrir en el patiezuelo.

—No puedes figurarte, amigo Andrés, decía una mañana á un pintor camarada suyo, que había ido á visitarle, lo que me [preocupan esas vecinas. No habrá dos muchachas más amigas del bullicio y del jolgorio... cantan como dos canarios puestos al sol, corretean como perro de caza á quien desatan y enseñan la escopeta, chillan como ratas... parlotean como cotorras... y son lindas, muy lindas... á la verdad, muy lindas... pero...

—Vamos, tienen su contra, ¿no es eso?

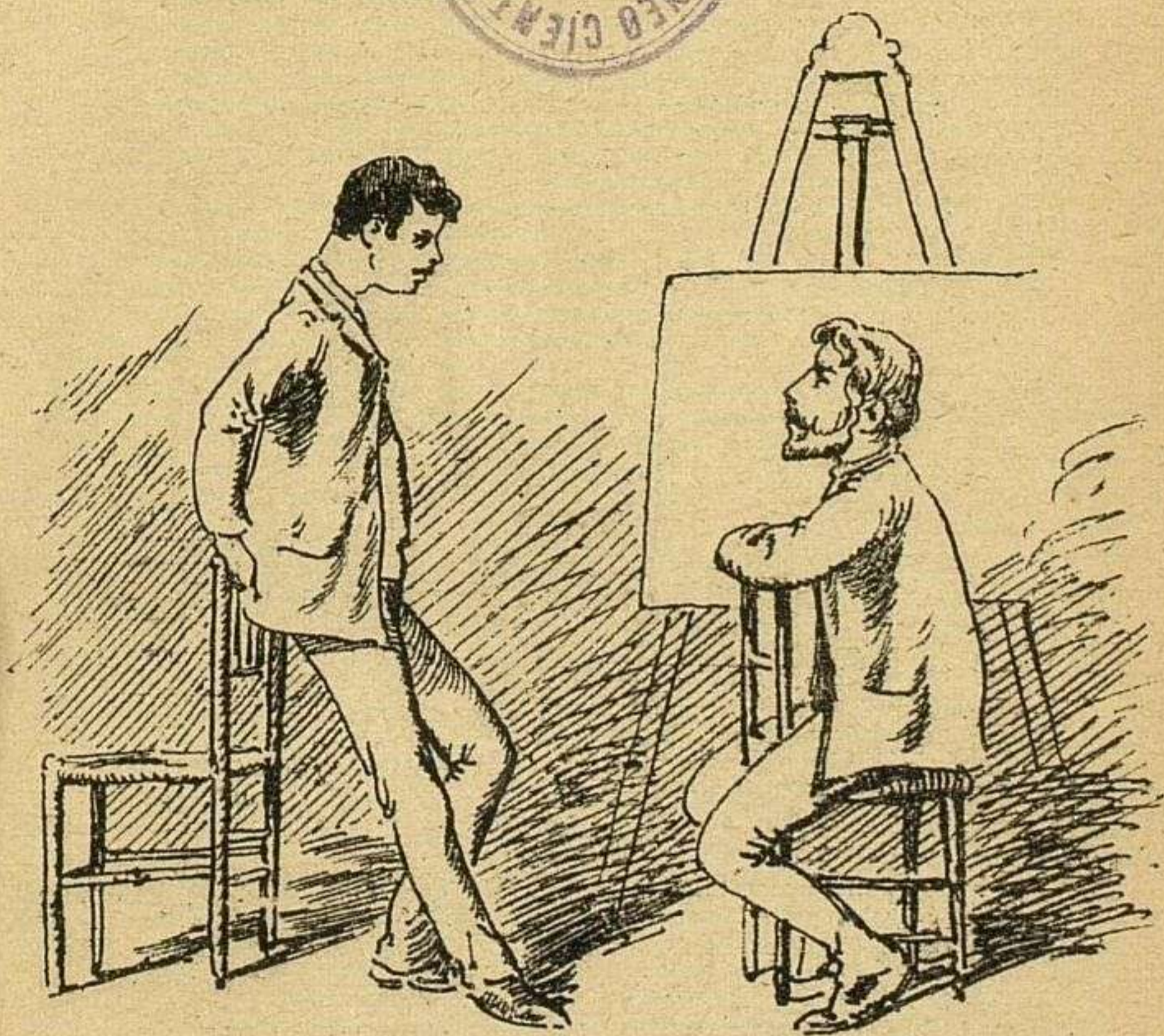
—Pero... nada, chico, nada.

—No te comprendo, Felipe.

—Pues quiero decirte que no paran de co-

rrer, jugar, cantar, aturdirme y burlarse de todo bicho viviente, sobre todo de los vecinos de la casa.

—¿Pues qué más quieres que hagan, hombre?



—No te parece natural que muchachas tan alegres de alma fueran también alegres de cascos... Pues nada, son dos virtudes salvajes y locas.

—Mejor para ellas, muchacho; además, si he de confesarte la verdad de cuanto siento, me son profundamente simpáticas estas chicas trabajadoras, contentas con su destino y alegres como unas castañuelas. ¡Pueden ser tan desgraciadas al menor desliz!

—Bueno, bien. Eres un idiota completo. ¿Se podría vivir si las mujeres no se deslizaran? ¿Qué haríamos los solteros, vamos á ver? ¿Divertirnos con la mujer del prójimo? ¿Exponernos á enamorar á una traidora y recibir un fracaso? ¿O hemos de andar siempre tras de la miserable aventurera de baja estofa?

—Tú disparatas, Felipe... disparatas...

—Convenido, disparato, beatísimo Andrés.

¡Isabel! gritó en esto la vecina del tercero llamando á su amiga...

Los dos amigos se abalanzaron á mirar por la ventana, ocultándose tras de la cortina y diciéndose uno á otro al ver á la bellísima niña:

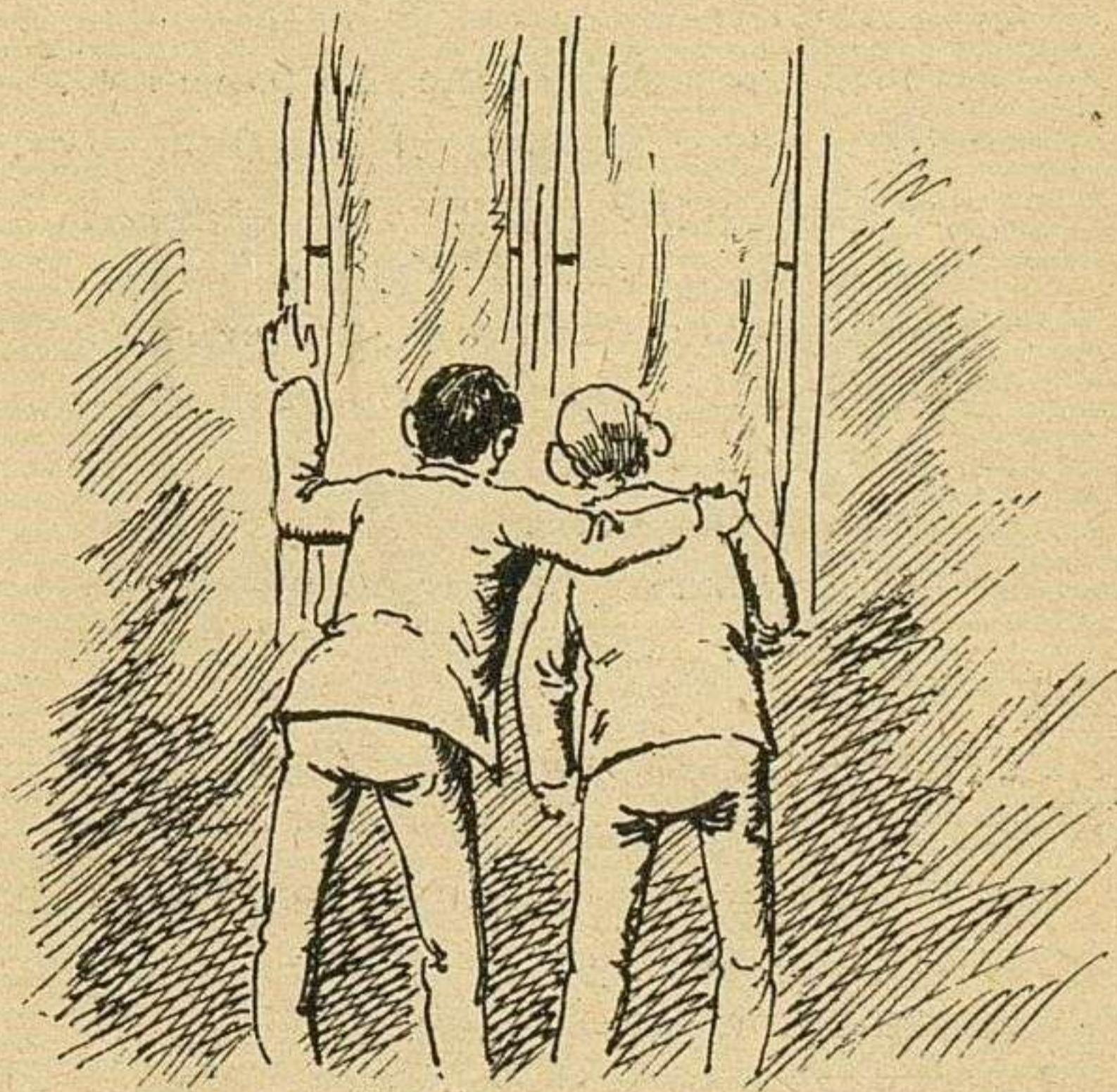
—¡Qué monísima es! ¡qué boquita más pequeña y traviesa...!

—Chico, es guapa, verdaderamente guapa, muy guapa esa niña... decía Andrés. ¡Calle, pues la que ahora asoma por la ventana de abajo es una morena preciosa. ¡Qué dos modelos! Muchacho, para dos cuadros, la Cor-

tijera uno y Ofelia otro... ¿Nó se te ha ocurrido esta idea?

—Ya lo creo; ¿pero quién las hace venir al estudio, ni mucho menos disfrazarse y permanecer en él?

—Hombre, pensémoslo... la cosa lo merece, replicó Andrés; y ambos amigos prestaron atención al diálogo entablado por las dos amigas.



—Hija mía, á la hora que me ha parecido... decía la del piso bajo.

—Pues éstas no son horas de levantarse.

—Pues mira tú lo que son las cosas: si lo hubiera sabido, me hubiera quedado en la cama hasta que me digeras cuál era la hora de moda...

—¿Saliste anoche?

—A entregar.

—¿Viste á Pica-granos?

—Como siempre, pellizcándose las narices y los mofletes y echando floreos de hortera.

—Tiene más granos que una panera y color de salchicha de figón, el maldito. Vaya, y hay que mirarle como á un personaje de la grandeza... á su excelencia Vara de medir.

—¿Te queda mucha tarea, Carmencita?

—Lo bastante para divertirme durante el día. ¿A qué está una?

—Pues hasta luego.

—Hasta luego... ¡Ah! se me olvidaba... le ví, le ví; pero no lo conocí...

—¿Le has visto?

—Lo que oyes, hija, ni más ni menos.....
Já, já, já...

Y á la risa de Carmen secundó la de Isabel, llenando ambas voces juveniles de alegre sonoridad el oscuro patio, escapando por él aquella armonía como salen de un instrumento viejo y destartalado hermosas notas lanzadas por un músico inteligente.

—Son dos pajarillos; muy bonitas y muy

simpáticas, querido Felipe... es necesario que las hagamos venir al estudio, entrar en éste tu pobre taller... No somos hombres, no merecemos el título de artistas si no lo conseguimos. Ya se me alcanza que la cosa ha de ser más difícil de lo que á primera vista parece; pero en esto está precisamente el interés de la aventura.

Y á propósito, ¿de quién hablarían últimamente cuando digeron lo de le ví, le ví, le ví?

—Vaya Vd. á saber... del infeliz que hayan elegido últimamente para víctima de sus burlas.

—Pues nada, amigo Felipe, es necesario que vengan aquí..... Pensemos un medio eficaz.

—¿Suplicárselo?

—De ningún modo.

—¿Ofrecernos á hacerlas un retrato?

—Tampoco.

—Proponerlas lisa y llanamente que si quieren servirnos de modelos, bien retribuídas, no para el desnudo ni mucho menos... eso ya vendría... insensiblemente... ¡Porque han de ser... de lo bueno, lo mejor!...

—Calla, desvergonzado.

—Callo; ¿por qué te parece este medio el peor de todos?

—Porque es el más desatinado. Déjame obrar, que lo haré bien.

—Para obrar bien no hay como la religión y las lavativas.

—Tú siempre con discreteos.

—No hay gasto menos costoso que el de jugar con las ideas y las palabras por gusto, aquéllas y éstas salen enredadas como las cecezas.

—Ello será, amigo Felipe, que antes de tres días tendremos en el taller á las preciosísimas vecinas... El arte las reclama.

—Di más bien, el amor.

—El amor del arte.

—O el arte del amor.

—¡Cuestión de palabras! Tanto me da, replicó Andrés; llama á la portera.

—¿A la portera? Porque mi portera es portera y partera á la vez, lo cual me proporciona felices enredijos de palabras.

—Es un ejercicio como el de sacar birutas á una tabla sin otro objeto que el de verlas salir rizosas bajo el cepillo y manchar el suelo. Llama á la portera... No te asombres, tengo mi proyecto, déjame hacer.

Felipe salió del taller, volviendo al poco rato con la *señá* Gregoria, una robusta y formidable matrona, bigotuda y ceñuda, con voz de gruñido canino y una ficción de risa, que más que afabilidad, parecía denunciar una mordiscada al menor descuido del que platicase con ella. Era muy dada á misterios

y encubridora, tan amiga de rebuscar en los secretos, como enemiga de barrer de polvo, de pelusa y de papeles los escondrijos y rincones de la casa; la echaba de doctora, y lo peor era que tenía alma y cara de tal.



—Aquí está por fin la Sra. Gregoria...
no quería venir—dijo Felipe.
—Francamente pensé que sería alguna

burlita de Vds., y no está el horno para tortas ni la sartén para pestiños... exclamó desabridamente la hombruna portera.

—Nada, Sra. Gregoria, no se trata de broma alguna... la cosa es bien seria... tome Vd. asiento y oígame:

—Veamos, muy formal se pone el alcalde para que haga justicia en balde.

—Señora Gregoria, se trata de que usted nos dispense su protección; necesitamos de una persona tan discreta como Vd. es y tan entendida en todo. Vamos á hacer un importantísimo trabajo... en Viena se dará un premio á la mujer más hermosa del mundo; las que quieran merecer el premio deben antes que todo mostrar su rostro, medio escote y sus brazos... entre las que de cara, brazos y escote merezcan elección, se hará después reelección al desnudo si ellas se avienen, si no se premiara aquélla que fuese más perfecta en las referidas partes; pero como no todas las que deseen presentarse podrán ir, se ha decidido que envíen todas sus retratos al óleo abriendo con este motivo un nuevo concurso de pinturas... luego, los más bellos cuadros serán premiados y á las más hermosas mujeres que ellos presentaren se les pagará el viaje de ida, la estancia y la vuelta.

—Qué cosas más extrambóticas tienen los extranjeros...

—Pues bien, aquí vendrán á retratarse multitud de mujeres... más de lo que nosotros pudiéramos desear..... Necesitamos, pues, que aquéllas que no la mostraran á Vd. una tarjeta nuestra, cortada por dos puntas en contrario, no las deje subir, sean quienes fueren... que nadie interrumpa nuestro trabajo y que nadie sepa nada de cuanto le he dicho á Vd...

—Lo que es á mí; valiente cosa me importa todo eso. Cumplo con todo aquello que me encargan los inquilinos y *laus deus*.

—Mi señora doña Gregoria, ¿tendrá usted la bondad de aceptar una copita de cualquier cosa... que se la ofrecemos con buena voluntad?

—¡Ah! como no sea algo para mi flato, una cosa ligera...

—¿Quiere Vd. curasao...?

—¿Aceite de anís?

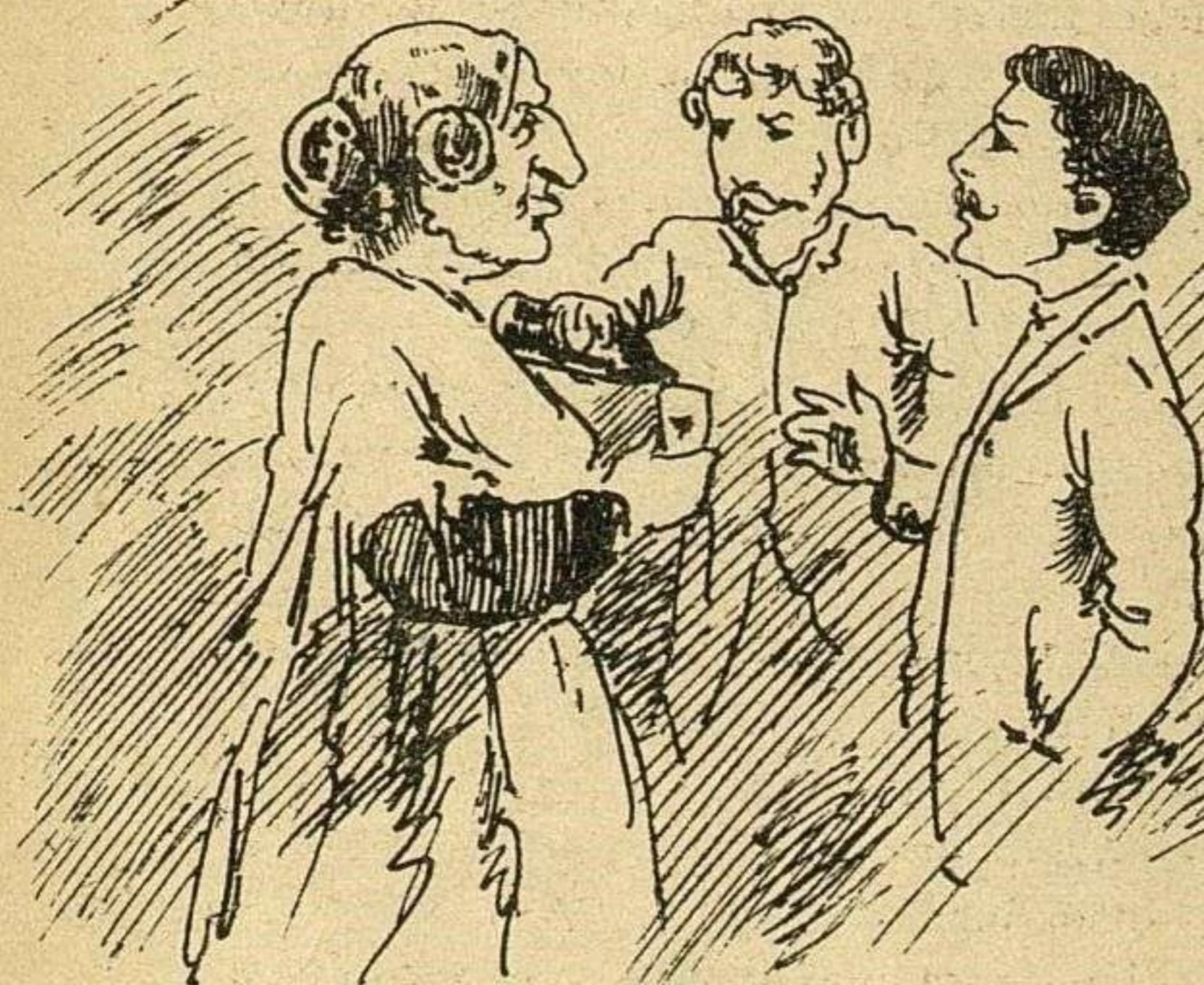
—¿Cognac?

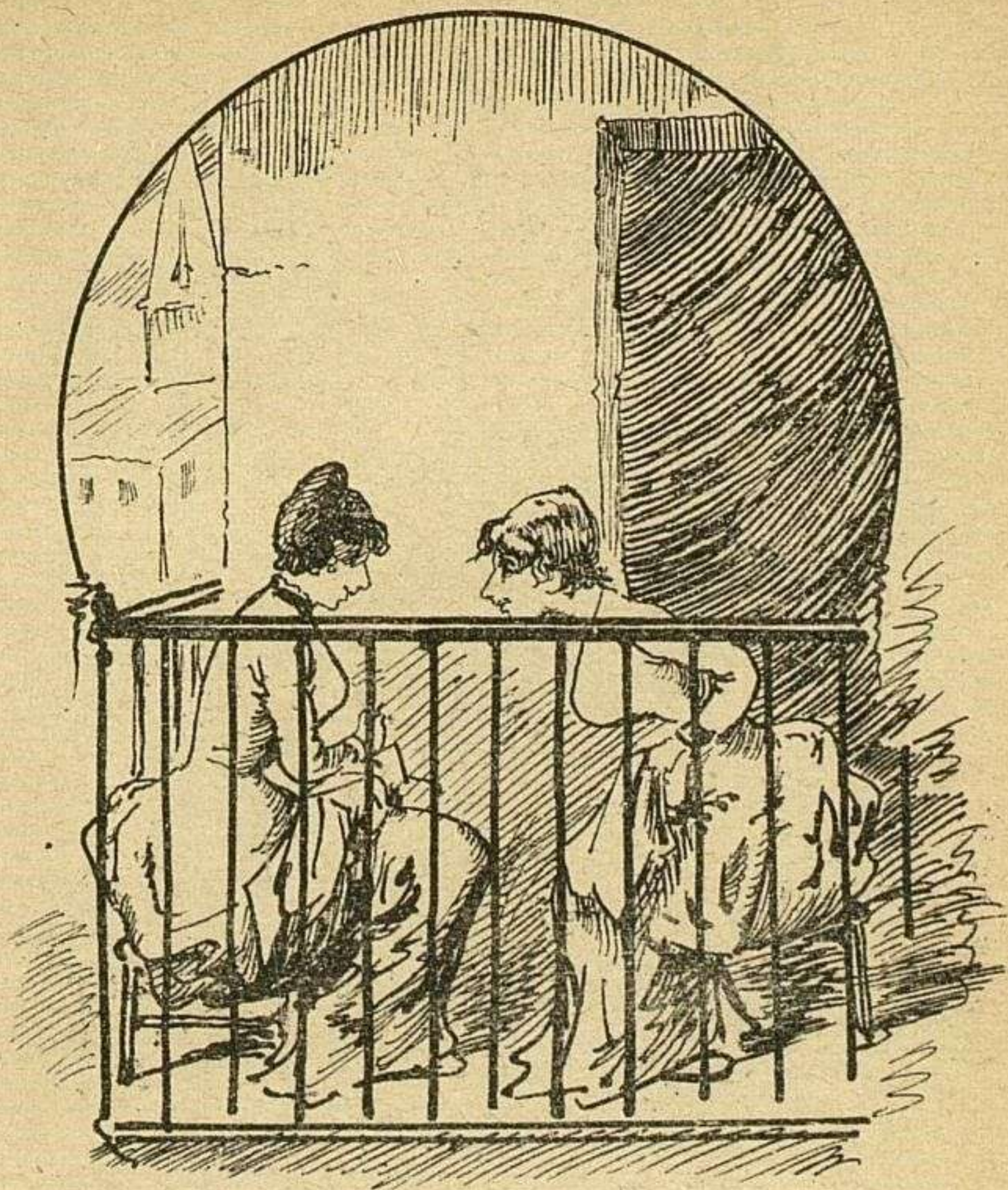
—Una cosa más ligerita... una copita de rom.

—¡Sea!

Cuando la *señá* Gregoria salió, Andrés, atusándose su negro bigote y dando un tironcito á la barba azafranada de su compañero, dijo con alborozo, que ya tenía por pregonado cuanto con tal sigilo y tales misterios confiara á la *señá* Gregoria:

—¡Ya verás cómo dan resultado feliz mis
extratagemas!





II

—¿Y que has podido ver tú por la ventana? preguntaba Isabelita á Carmen aquella tarde cuando los pintores, después de haber cerrado herméticamente los cristales y las maderas de la galería del estudio, salieron á la calle.

—Pues cascos de acero como los que sacan en el teatro... espadones más largos que la

vara de medir de Pica-granos... floreros de porcelana... tapices de salón y de iglesia... una sombrilla japonesa... multitud de cosas de prendería ó de almacén de anticuario... en fin, muchos cuadros... todo lo que hay en el estudio de un pintor.

—El pintor ese me parece joven aún... y no es mal parecido.

—No me hables, Isabelita de mi alma; el mejor día le coge el viento las narices con la ventana, siempre está asomado á ella, de atisbo tras de la cortina mira que te mirarás hacia mi corredorcillo.

—Puede que se haya enamorado de tí.

—Ya se sabe: para mi amiga Isabel el mundo entero está enamorado de Carmen... no comprendo cómo puedes quererme estando siempre como estás burlándote de mí... con guasa y sandunguita mimosa...

—Como hueles á manteca, piensas que robo queso. ¡Quién sino tú, grandísima pícara, piensa que cuantos me miran se chiflan por mí! ¿y eso no es burla?

—Pero no podrás negarme que D. Pepito... está alelado.

—Ese desde que nació... no he visto jamás gomoso más cargante: es lo peor de la clase, no lo dudes. ¿Querrás creerme que algunas veces confundo su cara con la del monigote que lleva por puño en el bastón? ¡Cuando no

tengo al tal D. Pepito se me antoja que he de verle aparecer como la figura del cocinero que vimos en los cuadros disolventes, que cambiaba su cabeza con la de jabalí que mostraba sobre el plato!

—¡Tiene gracia la ilusión! ¿Pero y qué me dices de D. Robustiano Pavonazo? Parece que estamos tú y yo condenadas á ser tú la esposa del hombre flaco y yo la del hombre gordo. Andaremos en aleluyas...

—D. Robustiano Pavonazo... chica, es viejo, pero rico.

—Dios te bendiga, hija, por tus tragaderas, es como si te sirvieran para almorzar un perro relleno de onzas de oro.

—Sacaría las onzas y arrojaría el animalito... á la basura...

—¿Pero tú sabes lo que te dices? No ves que no habría otro remedio que comerse á D. Robustiano con su oro... lo demás sería propio de una mala mujer...

—Es verdad... no sé lo que he querido decir.

Estaban las dos lindas muchachas en el corredorcillo sentadas en sillas de labor con toda su maquinaria de costuras; como el piso tercero se elevaba á bastante altura, veían bajo sus menudos pies multitud de tejados bohardillas y chimeneas; todo el amontonamiento de edificios póbres de aquella parte

del barrio... canales de tejas oscuras verdeando con el fino y suave imperceptible musgo que riegan las lluvias... Sobre todo, aquella masa desigual de paredes negruzcas y de ventanas, galerías, puertas y corredores caprichosamente dispuestos por todas las casitas, se extendía un brillante azul, en el cual marcaban sus moles pesadas los grandes campanarios y su esbeltísima silueta las chimeneas de las fábricas. Un afanoso ruido de trabajo llegaba hasta el corredor de Carmen y pasaban cruzando veloces y dando agudos píos las golonarrinas, como más tarde al ponerse el sol y sombrear la noche el espacio, surgirían de sus escondrijos los torpes murciélagos, caricatura del vuelo... aleteando de un modo parecido al que tienen para correr los borrachos.

—Calla, alguien ha entrado en casa, dijo Carmen, que había oído, en efecto, ruido de pasos en la cocina contigua al corredor.

—Será la portera, que no tendrá con quién charlar en su cubilete del portal.

—Si no fuéramos tan listas, tendríamos miedo á ese carabinero...

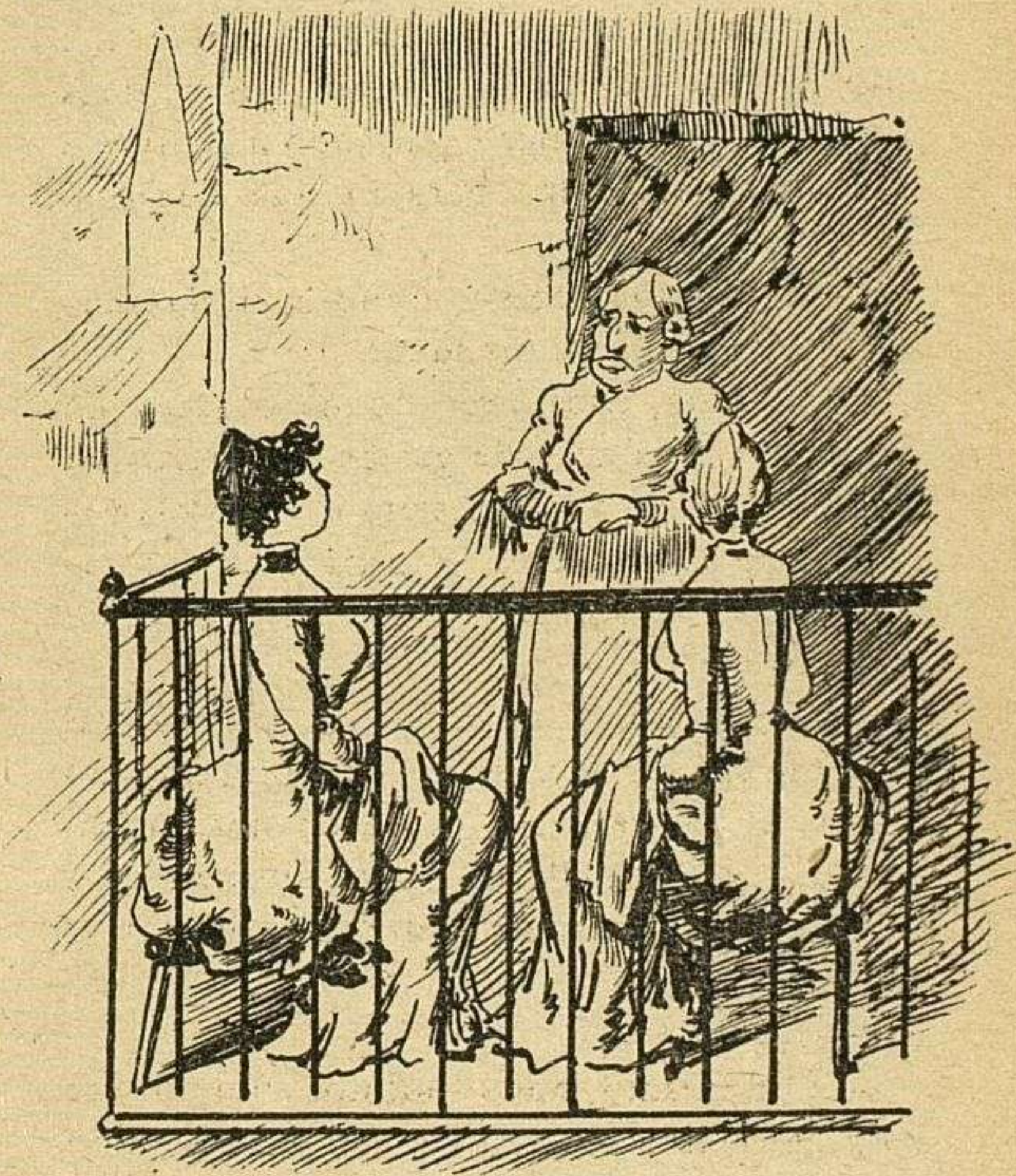
—Como á portera... no como á lo otro...

—Qué diabólica eres, muchacha; no tienes pizca de vergüenza.

—Buenas tardes, niñas... ¿se trabaja, éh? No haréis con esto muchos cuartos... Apare-

ció diciendo la portera:

—¿Para qué? ¿Para que estén los inquil-



nos como sardinas en banasta? replicó la juguetona Isabel.

—Vaya, bueno; demasiado sabe Vd. á qué cuartos me refiero.

—A los de la luna: siempre está cambiando, y justa la cuenta.

—Así, así, señorita, no deje Vd. la guasa.

—No la haga Vd. caso, *señá* Gregoria, que es más revoltosa que un gatito pequeño... dijo Carmen; tiene Vd. razón, no se llega á hacer mucho dinero ganando á punta de aguja la vida... pero para lo que necesitamos...

—Para lo que necesitan ahora, ciertamente... ¿pero el día de mañana?

—¡Mañana, Dios dirá! no me parece que dejen las currutacas de gastar sombreros en cincuenta años, y aquí estamos nosotras para que no se constipen y para poner cintajos, flores, verduras ó lo que se hubiere de estilar.

—Sí, pero en el extranjero... añadió gravemente la *señá* Gregoria, que había tomado asiento en un taburete, no hacen sino inventar máquinas y diabluras... y si nó, eso que traen ahora entre manos el vecino pintor y su amigo...

—¿El pintor?

—Sí, el mismo, por supuesto: que no seré yo quien hable palabra del asunto; me han encomendado el secreto...

—¡Clarito! y va Vd. á tenerlo embuchado para que se la indigeste, exclamó Isabelilla.

—Déjala, tonta, no parece sino que no co-

noces á la *señá* Gregoria, cuando ella nos quiere picar el apetito por hacernos rabiarse... si sabré yo quién es la *señá* Gregoria.

—¡No es que la cosa sea mala, no por Dios! dijo la portera.

Pero ello fué, que rogando con muchos remilgos y cautelosos visajes de su cara de sargento mal afeitado, pidió que por Dios no la descubriesen, y dijo que en ellas confiaba y en su mucha discreción, y después contó punto por punto cuanto Andrés el pintor le había suplicado que no digese á nadie, seguro ciertamente de que había de saberlo todo el mundo, como es natural que ocurra siempre que de viejas porteras se trate; que fiar á tales pechos un secreto, es como proponerse regar la cabeza del vecino, fingiendo que queremos llenar de agua una cesta; la confianza, si no se les escapara por la boca, escaparía por sus costillas como el agua por los mimbres del canasto.

—¿Conque un premio á la más hermosa? exclamó Isabel...

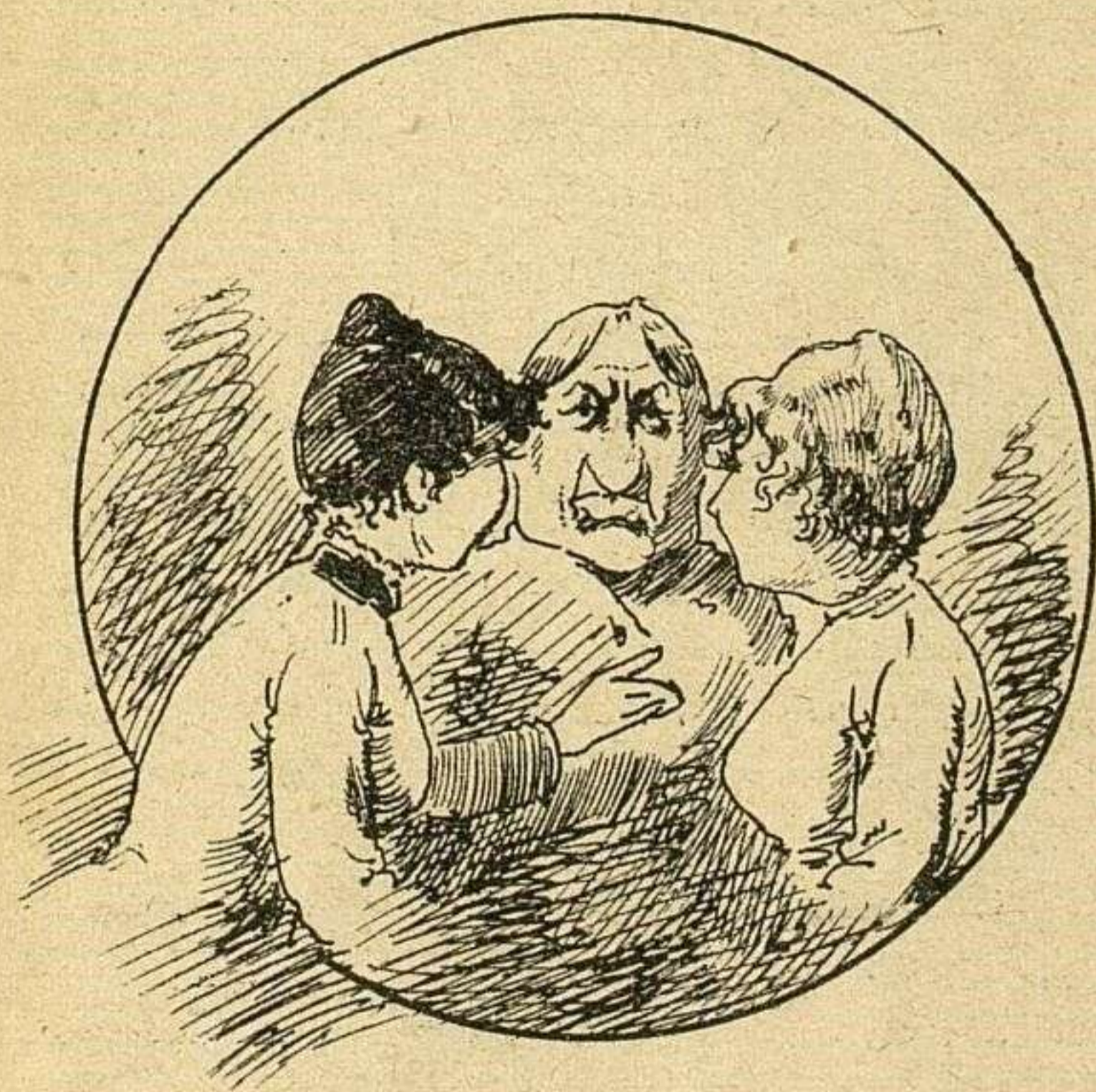
—Hombre, rabiaría por ver qué mujeres vienen á dejarse retratar...

—Pues yo daría cualquier cosa porque te retrataran, Carmencilla.

—Porque te retratasen á tí, dirás...

—Vaya, ¡retacos! ¡buena la hice! ya están Vds. que no viven por el negocio... Me de-

bieron picar la lengua, y eso que soy mujer que jamás habla de lo que no la importa... pero esta vez pequé... pues bonito genio tiene el pintorcillo... es un foguillas del diablo... bien me há de pesar... bien me ha de pesar... decía refunfuñando la portera.



—Mira, ¿y por qué no habían de retratarte? preguntaba Isabel...

—Nó, á mi nó, repito que á tí.

—A tí ó á mí; después de todo, no creo que tengan que hacernos la cruz á ninguna.

Yo no lo haría por el premio, sino por el viaje y por el retrato, que siempre habrían de darnos algún boceto... ¡Oh, y es cosa que me enamora!... ¡Qué bonita es la pintura!

—Esto bien, ¿pero el viaje? ¿habíamos de llevar, yo á mi madre y tú á tu tío?...

—No señor; si vamos juntas, ¿qué podremos temer?... ¡Chica y á Viena!

—Bueno, pero allí... tendríamos que desnudarnos... exclamó Carmen.

—Mujer, eso de ningún modo...

—A ver, ¿no es esto lo que dice el programa?

—Vaya, pues, como estaría segura de no llevarme ni mucho menos el premio, y el viaje es con dicha condición, me conformaría con el retrato... Y sobre todo, con ver los fontasmones que vendrán á casa del vecino, presumiendo de hermosas..... ¡Oh, por esto, quién sabe lo que yo daría!... ¡Hay cada mujer! No, ciertamente lo han pensado muy bien el prohibir la entrada á toda la que llegue... porque si nó... todas las mujeres de Madrid... vendrían á la casa... ¡Qué romería de feas!

—Y de bonitas.

—Nó, nó, más de feas que de bonitas... verías, verías cuánto mamarracho.

Entonces se le ocurrió á Carmen la idea de acudir á un medio cualquiera que les fa-

cilitase entrar libremente en el estudio del vecino pintor.

—¡Oh! sí, sí... es necesario que hagamos cualquier diablura, exclamó loca de contenta Isabelita, palmoteando y riendo con alborozo.

Todo esto llenó de espanto á la portera, la cual quiso evitar que realizasen la proyectada diablura, y creyó que para ello no había mejor medio que el de decirles á las muchachas mil mentiras y chismes que las atemorizasen y detuvieran su intento.

—¡Entrar en el estudio, están Vds. locas! exclamó la *señá* Gregoria, con agria voz garraspeante y ruda. Pues buen par de bribones son los tales pintores. Ya es cosa de que Vds. lo sepan todo; ¿piensan Vds. que ellos tomarán á inocente broma lo que ustedes hagan? No señor; son lo más maliciosos y lo más mal hablados... Esos dos prójimos deben ser dos pájaros de cuenta... Ya dicen que Vds. han de ser un poquillo locuelas.

—¿Cómo? ¿Eso han dicho? preguntó enojada Carmencilla.

—Ni más ni menos y lo que Vds. oyen... Se figuran que son Vds. alegres de cascos, que no esperan Vds. sino la ocasión de pescar algún pobre primo, algún rico señorón...

—¡Ah, grandísimos pillos!... Ellos verán, ellos verán lo que es formar juicios temera-

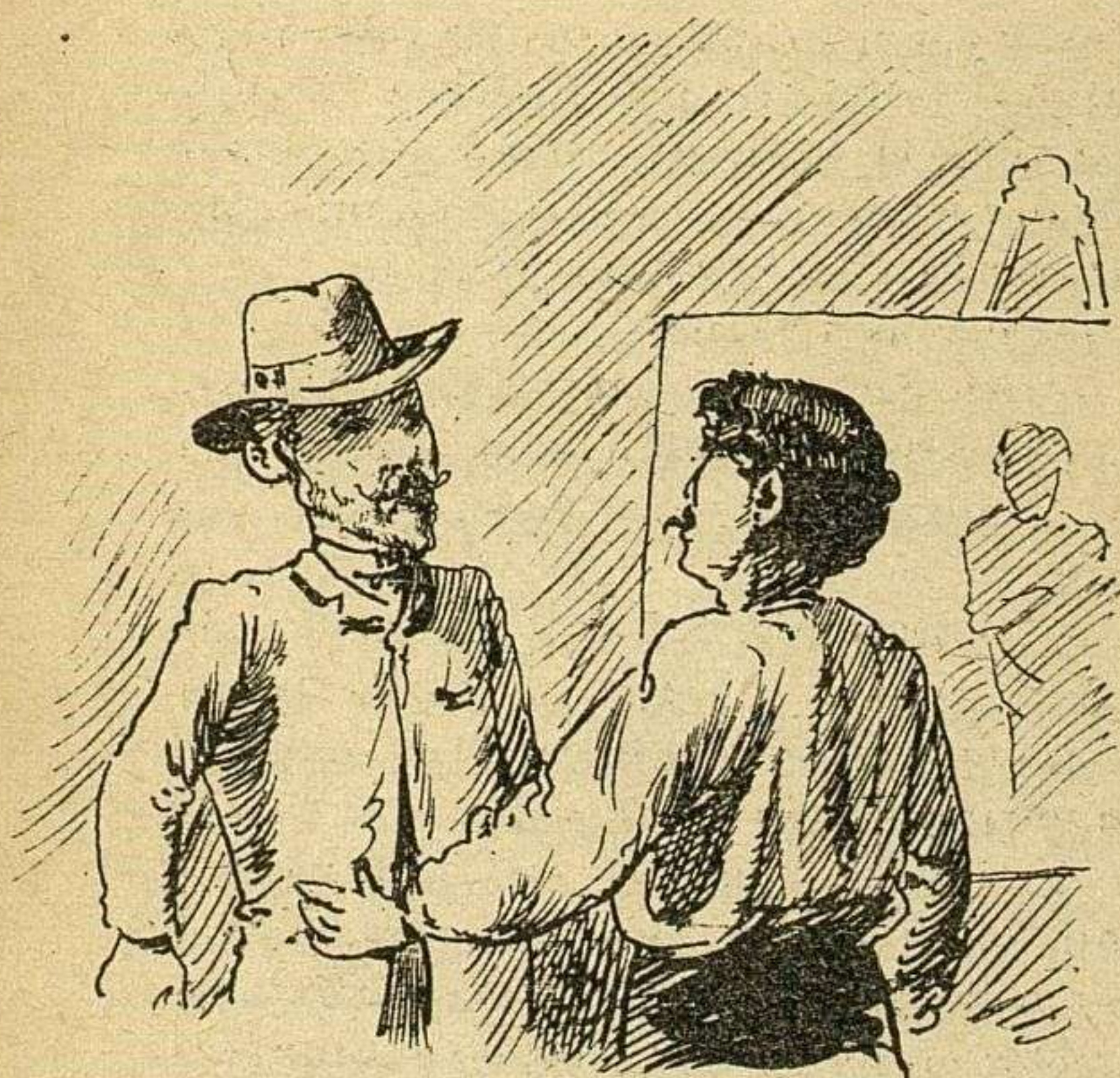
rios, y por mi salud, que los tales Pinta-mo-nas y el vejestorio que escribió á Carmen una estúpida carta, así como el gomoso pe-lele que me persigue, nos las pagarán; como me llamo Isabel, que nos la pagarán...

—¿Qué vas á hacer?

—Yo lo pensaré; pero les ha de quedar memoria de estas dos honradas muchachas que viven probrementemente, pero alegres, de su trabajo.

—¡Ay Dios mío! Señoritas, señoritas, miren lo que van á hacer; maldecida lengua mía; miren, si no debí haberla cortado antes de soltarla tan sin son ni son...

Y era ya muy entrada la noche; lucían por entre los grupos de casas los faroles; el cielo estrellado aparecía magnífico cuando Carmen é Isabel quedaban en amistoso y confidencial cuchicheo, entre risas y exclamaciones, arreglando su intento, y la *señá* Gregoria bajaba á la portería echando maldiciones á su lengua y renegando de los pintores, de las modistas y de todo el género humano.



III

A la mañana siguiente penetraba en el taller de Felipe, con la caja de colores en una mano y la silla de campo en la otra, su amigo Andrés; el cual había hecho, según dijo, un gran descubrimiento. Las vecinas no eran de una virtud tan inflexible como ellos pensaban, puesto que él sabía de buena tinta, que á Carmen la del tercero la cortejaba un estúpido y rico señorón y á Isabel la del cuarto bajo, un gomoso imbécil, hijo de un personaje de pesetas y campanillas.

—Lo ves, hombre, si no hay una buena, replicó Felipe, para que lo fueran esas dos muchachas, pobres como las ratas... Mucho me temo que tu proyecto para hacerlas venir no dé resultado alguno... Ellas no querrán nada con pobretes como tú y como yo.

Y Felipe confesó que estaba enamorado ó punto menos. Carmen era preciosa; su faz ovalada y la pureza de dibujo de sus facciones la prestaban una dulzura singular en contraste graciosísimo con la alegría de su sonrisa. ¡Qué cuerpo tan sensible y esbelto! Muchos días la había visto, con la mantilla puesta de un modo incomparable, bajar como de un solo vuelo las escaleras, dejándole embriagado por un perfume de juventud, por un aroma de mujer, por un encanto inexplicable. Andrés, por su parte, confesaba que Isabel era una morena linda como una palmera y dulce sin duda como un dátil berberisco.

—Qué hermoso modelo para mi cuadro «Vadee in convento Ofelia.» Con los ojos bajos, el cofrecillo de las memorias de amor en las manos, sus hermosas trenzas rubias caídas por las espaldas, oyendo los desvaríos y los desdenes insensatos de Hamlet, el corazón traspasado de dolor..... Magnífica figura... Seguramente no podré sin ella acabar mi cuadro.

—Pues á mí me serviría admirablemente Isabel para colocar su imagen á la puerta de una casa de cortijo andaluz, junto á las chumberas y bajo el pabelloncillo de madreselvas, luciendo sus ojos «como mis penas» y aquella cara mora que Dios la dió.

—Nos hacen falta esas muchachas... exclamó Felipe.

—Vaya... mucha falta.

—Yo, por mi parte, no vuelvo á trabajar en mi boceto si no tengo delante á Carmencilla, aunque le pese al bestia de su banquero..... ¡Maldita sea su estampa *de él!*

—Ni yo podré acabar mi paisaje si no coloco en él á mi jitanilla. Así se le lleven los demonios al gomoso que la *paga*.

—¿Pero por dónde sabes tú todo eso? preguntó Felipe.

—Por la portera, la cual me ha dicho que había visto muchas noches que cuando Carmen é Isabel vuelven de entregar sus labores, quedaban en la esquina un señorón y un gomoso, y que luego llegó á averiguar que éstos son personas encopetadas que las enamoran...

No había pasado media hora después de este diálogo cuando los pintores oyeron un ruido grande en la escalera, subían y bajaban por ella y resonaban voces descompasadas de mujer... La vecindad estaba sin duda

en revolución; los jóvenes se asomaron por averiguar cuál fuese el motivo de aquella barahunda y algazara... y vieron á Carmen que se dirigía á la puerta de su cuarto. Casi todos los vecinos se hallaban asomados á los suyos... ¡Se había escapado el gatito de la modista del tercero!

—Esto es, decía muy afligida la muchacha, le habrán cazado para comérselo; hay hombres que se los comen sin piedad...

—¡Qué hermosa está haciendo pucheritos de llanto! exclamó embobado Felipe...

De pronto le llamó su amigo, obligándole á entrar en el estudio. Había hecho Andrés un gran descubrimiento; en uno de los tramos



de la escalera había encontrado una carta, que sin duda había perdido, en el momento de desesperación por la fuga del gatito, la linda modistilla.

Era una carta firmada por un D. Robustiano Pavonazo y dirigida á lo muchacha. En aquella carta se le hacían á la niña de un modo torpe proposiciones ventajosas á cambio de su amor.

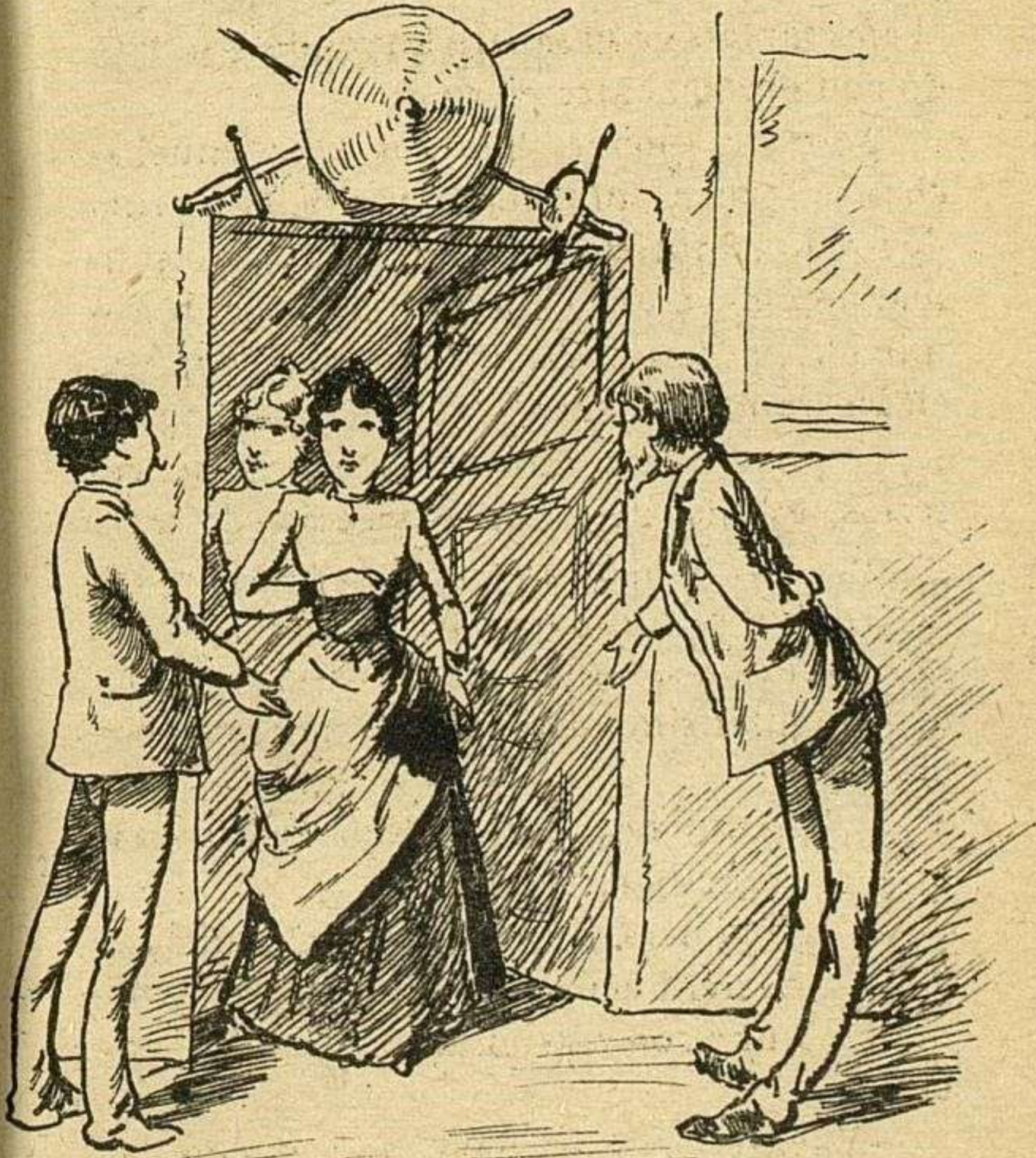
Felipe hubiera pegado á su amigo; pero no tuvieron tiempo de hablar sobre el asunto, porque resonaron dos golpecitos dados con los nudillos de una débil mano en la puerta del estudio...

—¡Adelante! dijo Felipe, levante el picaporte; adelante quien sea y éntre.

Eran las modistas; Isabel, la más decidida y de mayor resolución para todo, fué la que tomó por su cuenta el encargo de explicar el motivo de su llegada; el gatito de su amiga, un precioso animal, blanqui-rubio, grande como un carnero, y con más lanas que un perro de aguas, llevando una cintita color de rosa al cuello, se había escapado; cansados de buscarle por todas partes, y no encontrándole en ninguna, á Isabel se le ocurrió, al ver que la puerta del estudio tenía gatera, que allí habría gato encerrado, esto es, decía Isabelilla; sépase dónde está el gato; y á la verdad, se echó á reir como un chiquillo travieso.

—Pasen, pasen Vds... puede que el animalito ande escondido tras de los biombos, tras de los bastidores... dijo Andrés.

Anduvieron un poco temerosas de entrar, ruborizadas é inquietas las jóvenes, y como asustadas de su propio atrevimiento.



—Vamos, señoritas, pasen Vds. ¿Dónde está el gato?

Entraron al fin muy despacio, y fingiendo mirar con detenimiento á todos los rinco-

nes; y debajo de los bancos y de los sitios antiguos de dorados relieves, como si cuidasen de sorprender allí al gatito acurrucado y medroso y quisieran cogerle, evitando que al aproximarse á él saliera huyendo y bufando con el rabo entre piernas.

Pero sin querer, los ojos de las muchachas se fijaban, ora en alguna balla marina de fondo tempestuoso, celaje oscuro y espumantes olas, ó una rada espléndidamente iluminada por la luz de la mañana reflejando en las tranquilas aguas, ora un precioso paisaje representando monte, valle, bosque, caseríos, escenas de labor ó episodios de caza, ya, por fin, se fijaron en los grandes bocetos de estudios históricos, en las ropas ricas y las telas preciosas, muebles raros y en la variedad singularísima de objetos esparcidos por el taller.

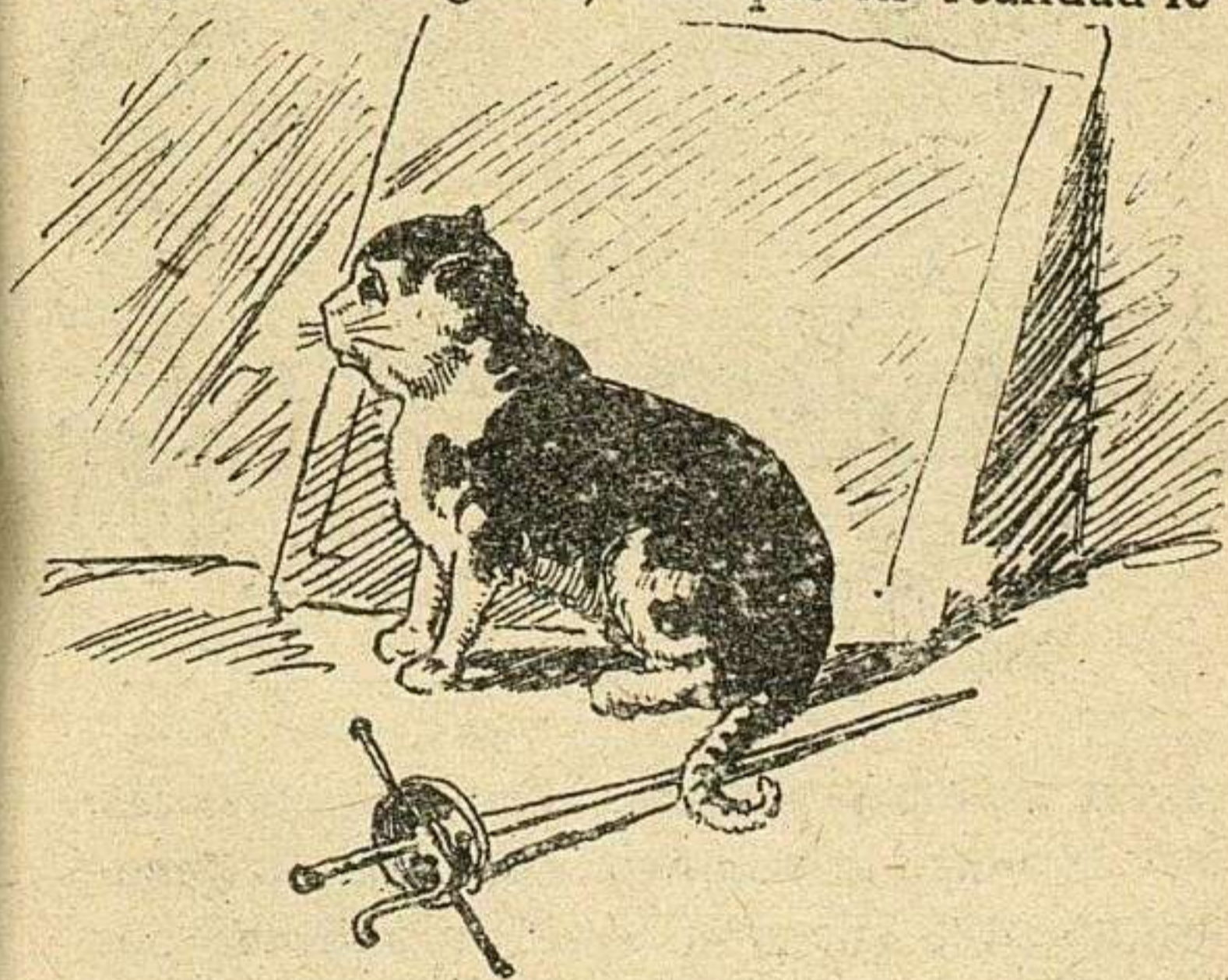
—El gatito no parece, decía socarronamente Andrés á su amigo.

—¡Quién fuera gato! dijo entre cantando y hablando el bueno de Felipe, y que le llamasen á uno con esas mimosas y dulces vocecitas.

—Vaya señoritas, exclamó alegremente Andrés; ya sé el gato que hay aquí encerrado á Vds. les ha dicho esa maldita portera lo que aquí vamos á trabajar, y quieren ustedes ser de las opositoras... si Vds. no lo mere-

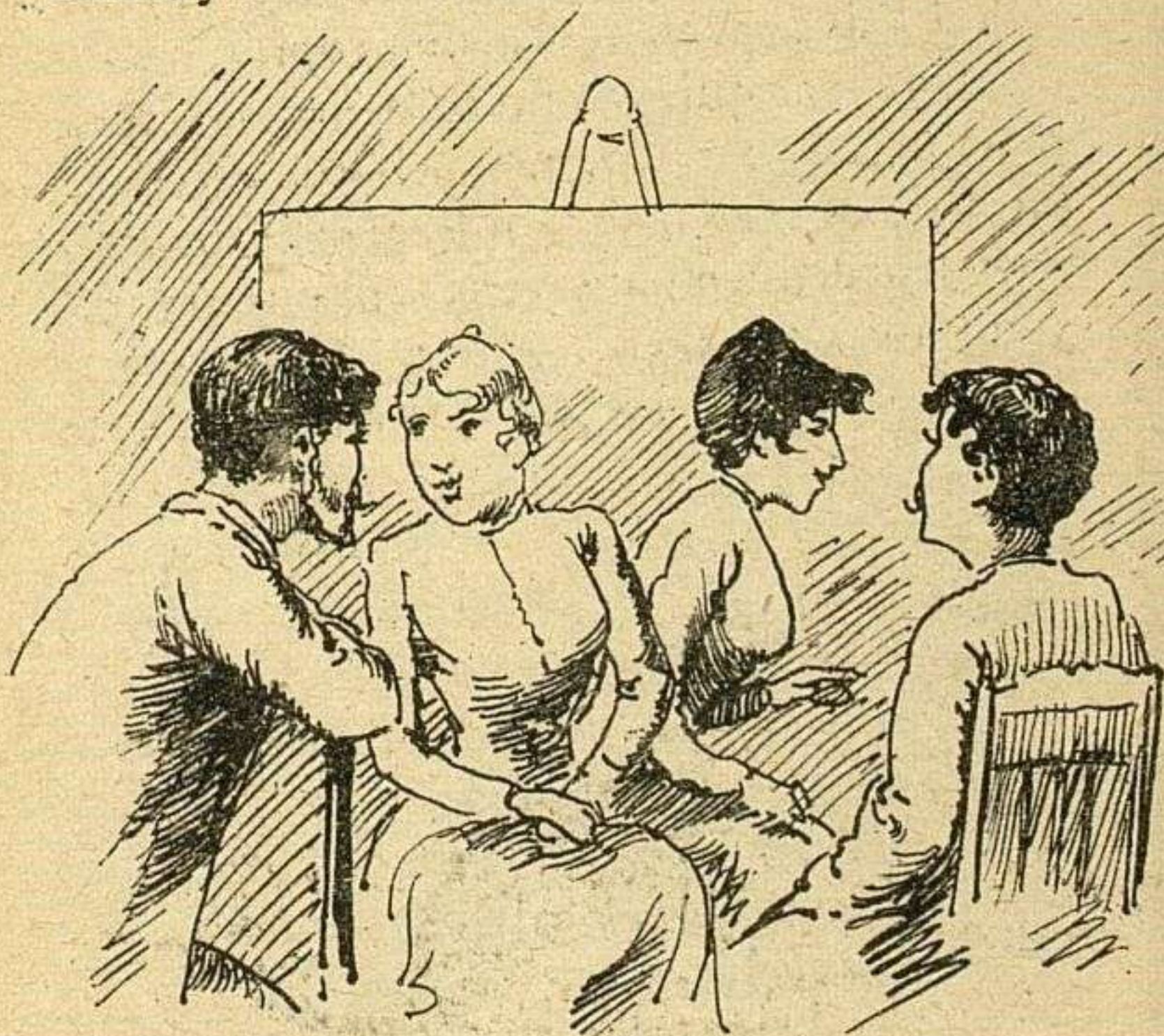
ciesen, haríamos resistencia... pero ahora, que ya han perdido el miedo al estudio, me permito suplicarlas que nos sirvan de modelos para los retratos referidos... les pagaremos á Vds., regalándoles una copia.

¡Qué más quisieron oír Carmen é Isabel; sencillas en extremo, no vacilaron al confesar que, en efecto, todo lo sabían, y que deseaban ardientemente verse en pintura, según frase de Isabel... pero no había sido lo de gato extratagama; esa que en realidad le



hallaron escondido en un cuarto oscuro, donde se guardaban los retratos viejos del taller... Muy bien pudieron las muchachas haber hecho entrar al animalito por la gatera, pero no era cosa probada.

¡Oh, alegre é ingenua juventud! á los pocos momentos eran los cuatro los mejores amigos del mundo; ellos se hallaban encantados con la hermosura y la gracia de las vecinas, y ellas maravilladas ante las preciosi-



dades artísticas que guardaba el estudio, cuyas ventanas se hallaban cerradas, no penetrando en la sala sino una luz zodiacal por un gran boquete abierto en el centro del techo; esta luz prestaba á los objetos una claridad dulce é intensa, descendiendo por igual á todos ellos, y con menos fuerza que da á las cosas la luz radiante á cielo descubierto.

Con la más exquisita galantería fueron obligadas por Andrés las dos modistas á prometerles que habían de visitar todos los días el estudio y ellas lo ofrecieron.

—Pero dime, ¿y nuestros propósitos de venganza? dijo Carmen á su amiga cuando ambas salieron del taller.

—No los he olvidado ni un momento; yo te prometo que no han de permitirse jamás juzgar temerariamente á mujer alguna.

Sin embargo, Carmen salía muy bien impresionada de la visita; le parecían los dos artistas dos hombres trabajadores, dos buenos muchachos. Pero, según decía Isabel, no había que fiarse mucho, á lo cual, replicó Carmen, que tal vez todo cuanto las habían dicho que de ellas pensaban los pintores, fueran inventos y enredos de la portera.

Habrá que esperar, no obremos de ligero... dijo Carmen.

—Ya no hay remedio, se debe llegar al fin, porque han cogido la carta.

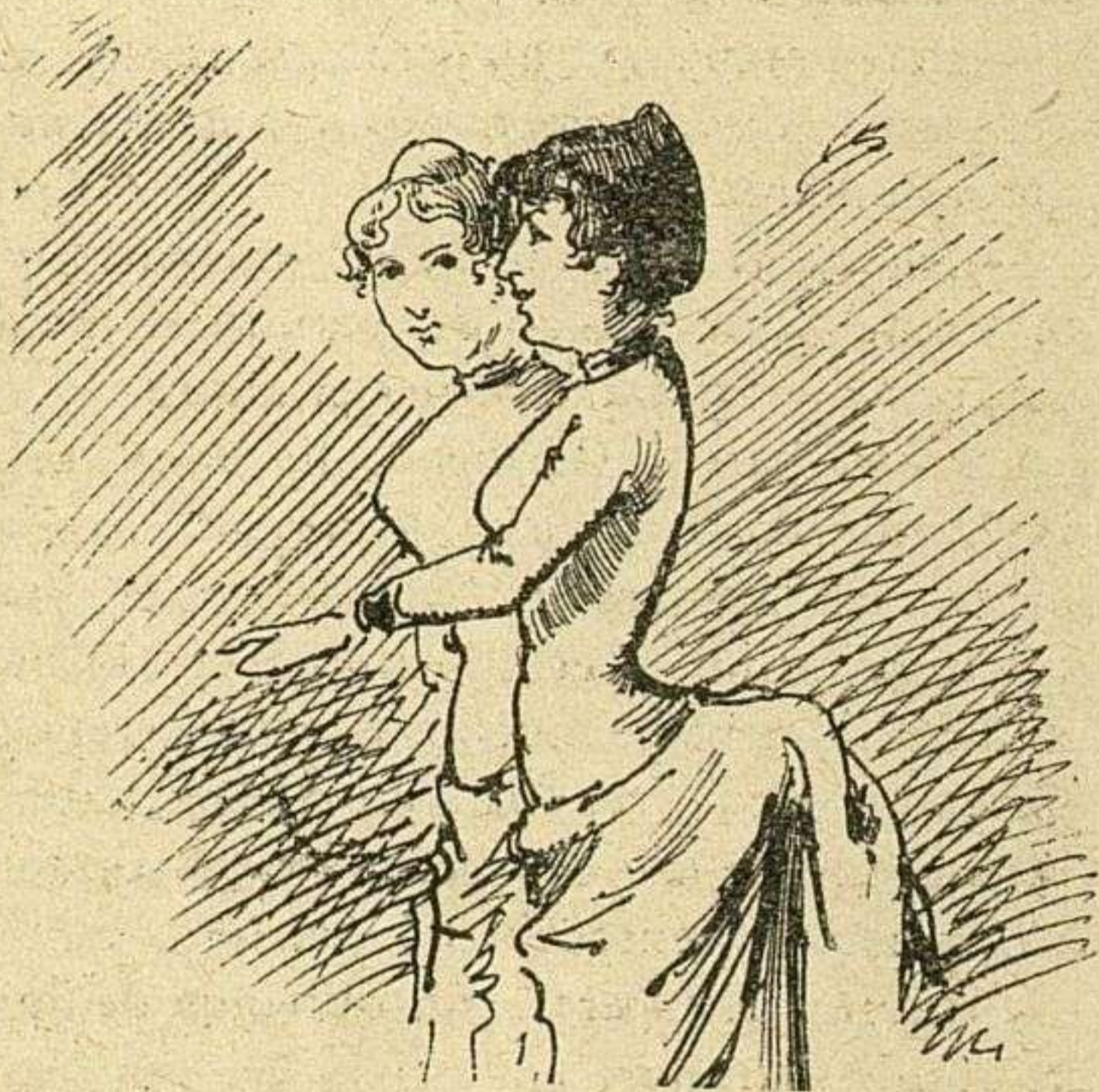
—¿Qué carta?

—La que te escribió el papanatas del señorón ese... La puse en la escalera con intención de que no bien la viese alguno de los pintores se apoderara de ella.

—¡Pero Dios, míol! ¿Qué te propones con eso? exclamó asustada y confusa Carmencilla.

—Yo me lo sé...

—Quiera Dios que no hagas alguna de las tuyas.



—Nada temas, mujer, hemos de reirnos á costa de éstos y de los otros, replicó Isabelilla; y las dos amigas se despidieron, yéndose cada una á su habitación. Carmen acariciando suavemente con la mano al gatito que llevaba entre sus brazos, como si fuera un niño chiquitín, é Isabel cantando con alborozo:

Mis lord, mis lord,
yo creo que he bebido mucho alcohol.

Resonó un tremendo portazo y por un momento siguió oyéndose como de muy lejos aquella voz ligera, dulce vibrante de alegría; expresión de un alma infantil, muestra de una saludable naturaleza... contento de la vida, gozo de la libertad, juguetona voz como el gorjeo de un pajarillo.

—Siempre se dijo que los que piensan mal sin fundamento, son, como los que sin él se aventuran á forjarse optimistas ilusiones, unos inocentes, decía Andrés á Felipe..... Ahora que hay motivos para creer que son un poquito casquivanas tus vecinas, sólo por haber visto de cerca la carita de santa de Carmen, ya crees que ésta cuando menos es una Inmaculada. Nó, amigo mío; son dos muchachas preciosas, lo saben, y no echarán en saco roto tal conocimiento, y lo prueba la carita del Sr. de Pavonazo. Este es el mundo: los hombres, la vergüenza, y las mujeres, la belleza... Todo se vende y hasta la belleza es para regalo de los ricos; á nosotros, cuando más, sólo nos queda el papel de timadores. ¿Serás infeliz? A la verdad, después de todo, piensas acertadamente: reunes excelentes condiciones para marido... Ya te habías tú forjado una novelita moral de á cuartillo la entrega. Un buen día tirabas la paleta y los pinceles y te ponías de rodillas delante de tu modelo, la disparabas una declaración, os

casabais; por supuesto, á mí también me casarías con la otra, y *tutti contenti*; luego el epílogo en la casita de campo lograda por tu trabajo, no lejos de la mía de igual modo adquirida... Ambos los pintores de más fama del mundo... Nuestros chiquillos jugarían juntos como si fueran hermanos, nuestras mujeres queriéndose como hermanas, tú y yo hermanos. *Tableau*.

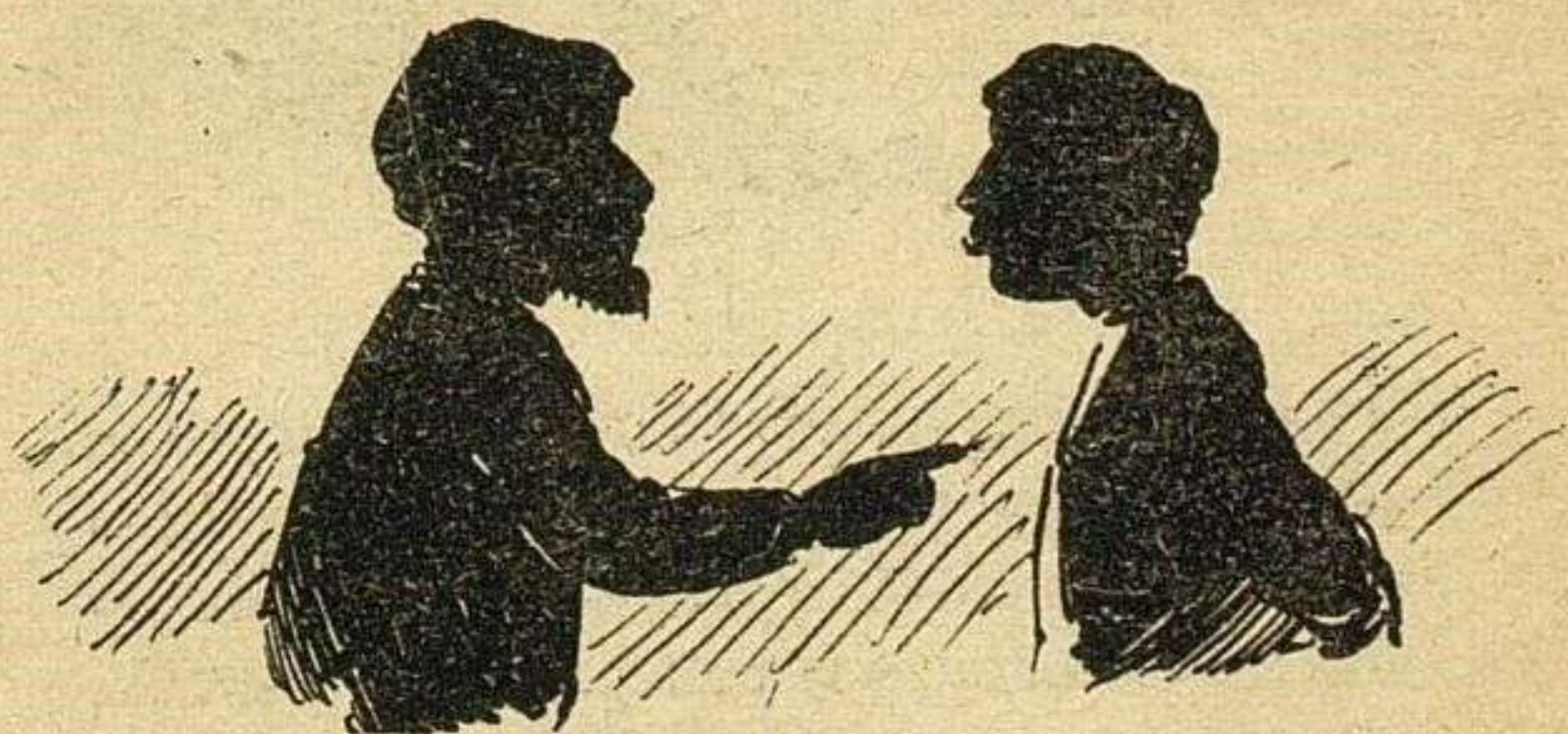
—Pues no veo que en nada de ello hubiese cosa imposible. Además, ¿quién te ha dicho á tí que yo creo que es Carmen una casta Susana? Puede que sea como otras tantas, que de las angustias del trabajo pasan á las dichas del vicio...

—Hombre, no tanto, replicó Andres; esas chicas son alegrillas... Si la ocasión es buena, tal vez sean de las más atrevidas y elegantes vengadoras de Madrid... y tengamos que decorar su gabinetito *íntimo* con lindos cuadros de erótico asunto, estimulantes de los ojos ó en bodegones para su comedor, que sean aperitivos á las vista, mostrando ricas frutas y soberbias piezas de caza. Estoy seguro de que estas chicas están en los comienzos de su carrera, eso no cabe duda, pero harán carrera. Me parece que han de agradecerme siempre la enseñanza de los prolegómenos; afinemos sus gustos, demos cultura artística á esas cabecitas que andan á pájaros.

—Calla, hombre, calla. A mí qué me importa todo eso... Lo que yo quiero es sacar una espléndida figura de Ofelia...

—Esto es, y luego hacer lo que hacemos con los melocotones, los albaricoques y las manzanas que nos sirven de muestra para los cuadros de comer... luego de copiarlos, comértelos.

— Lo que menos me importa es esto! dijo Felipe con visible mal humor.





IV

D. Robustiano Pavonazo era hombre, aunque parecía todo menos que esto, no tan lustroso, pero sí tan redondo y panzudo como los toneles de sus bodegas de Andalucía, y con piernas tan entecas y pobres, que sólo pensando quien viese al señorón, que éste se hallaba antes hinchado que macizo, y que era su cuerpo tal y como un globo sobre dos puntales de estacas, podría uno explicarse el contraste.

Muy mofletudo y colorado, con brutal soberbia en la cara; vestido ostentosamente y siendo de los que encubren las canas, que al fin, por lo blancas, muestran limpieza, con untos grásientos que son la mayor suciedad. Tenía más dineros que vicios y apetitos, lo cual no decimos por que éstos fueran muchos, sino porque aquél excedía á cuanto se hubiera podido pensar al ver aquel hombre de alfarería alcornoqueña.

Con todo, era mísero, y ni por el cielo que le prometía constantemente un astuto jesuíta, daba más de un ochavo al día, y mal le hubiera ido al de Loyola, si con el miedo que sabía infundir á Pavonazo, pintándole un horrible infierno, no le sacase algunos cuartos de vez en cuando.

Jugador de bolsa, intrigante, ducho en todos los medios de conservarse con provecho en una vida holgada y parasitaria... pasaba por una persona respetable.

También el picaruelo hacía de las suyas... hallando por todo deleite intelectual los teatrillos de piezas picarescas y aun los cafés cantantes; era glotón como el animal favorito de San Antonio Abad, goloso como un mono, lascivo como un perro... y en fin, pesado y cruel como un hipopótamo.

Aquella vieja carne, cecina de los vicios, se requemaba á veces en la impotencia á que

le condenaba la absoluta imposibilidad de satisfacer algunos caprichos, y de ellos era Carmencilla el más poderoso.

Se tenía por hombre de ingenio, y eso que su pobre cerebro no era otra cosa que el cliché sacado de otro tan miserable, pero al fin, joven, y por lo tanto, algo más activo el de un político aventurero malvado..... que habiendo subido con vilezas y representaciones de vulgares peroratas y discursos á elevados puestos, tuvo á Pavonazo por agente en sus trapisondas financieras y proporcionó á éste ocasión de que realizara nó sólo la fortuna del Sr. Morisquet, sino la suya propia.

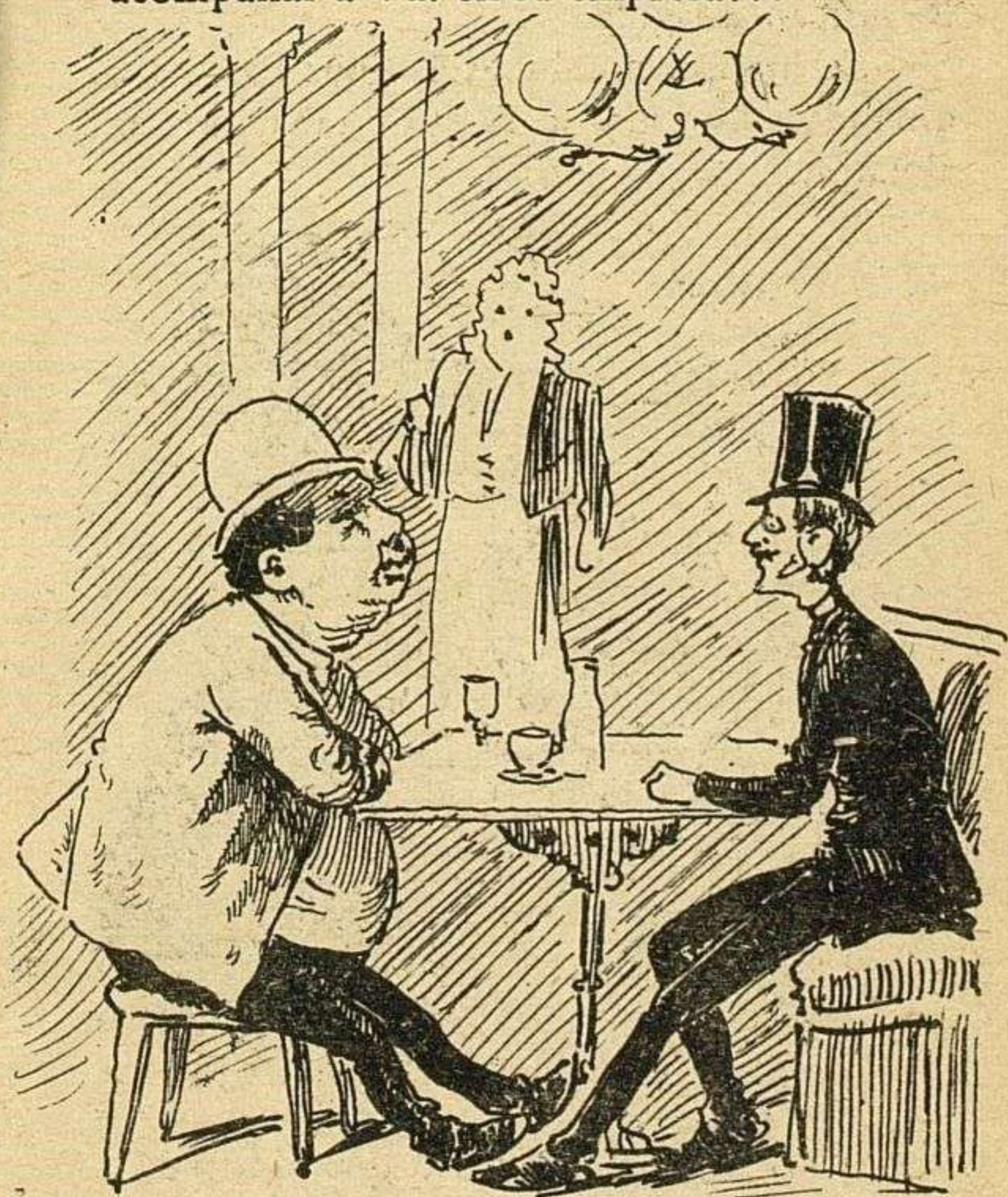
Del Sr. Morisquet había tomado el respetable Sr. Pavonazo frases barnizadas, pero necias, como producto de esa industria de apariencias de ilustración para uso de los imbéciles flordelisados.

D. Robustiano Miquero, que éste era su apellido y nó el de Pavonazo (mote que le había puesto la traviesa Isabelilla, al ver aquel fantasmón galanteando á su amiga,) perseguía á Carmencilla á todas partes...

—Es pieza bravía... corretea por las calles con ligereza de liebre, decía en un café cierto día Pavonazo á D. Pepito, un gomosillo petulante que hacía el amor á Isabelilla.

—Realmente, decía D. Pepito, que era la estampa de lo delgado y quebradizo; real-

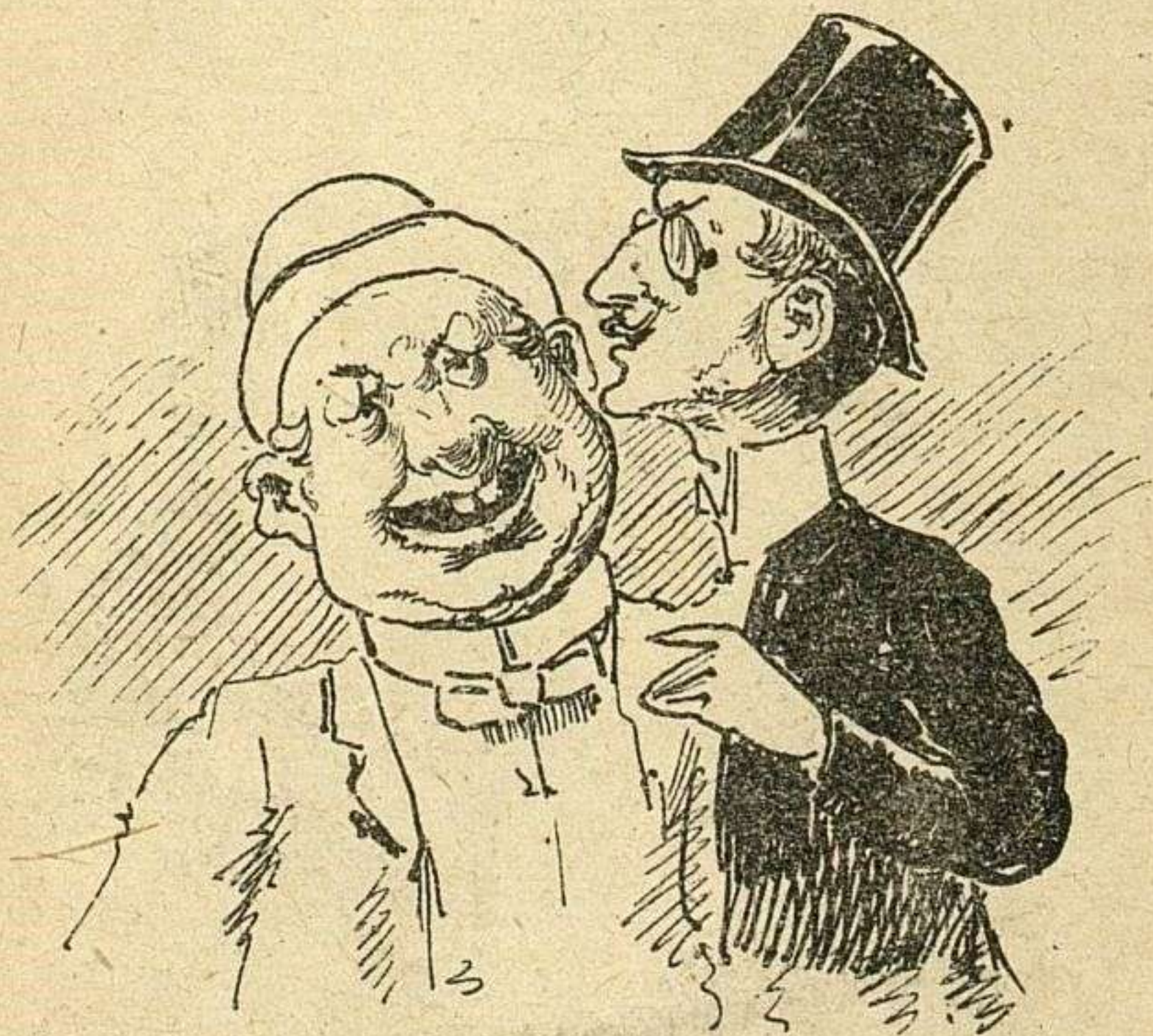
mente, digo, á mí sólo me interesa la chica, porque ahora no sé qué hacerme; los salones y los teatros están cerrados... y ya hasta que vaya á San Sebastián y á Biarritz, no sabré en qué pasar el tiempo; además, por acompañar á Vd. en su empresa...



—¡Oh! á mí me gusta la mocita, me gusta; je, je... lo confieso.

Cuá! no fué la sorpresa y la alegría de este par de tontainas al recibir Pavonazo una cartita de Carmen y D. Pepito otra de Isabel, en las cuales ambas contestaban al cabo de mucho tiempo á las cartas que ellos les habían dirigido.

—¡Al fin, qué diablo! exclamaba Pavonazo inflándose aún más de lo que estaba: cayó la alondra...



—No era malo el espejuelo que Vd. la enseñó. A mí la mía me da una cita, pero no me es posible decir dónde; me encarga la mayor reserva.

—A mí también la mía me da cita, y tampoco debo decir dónde; en realidad, no hemos debido decirnos palabra de nuestras respectivas fortunas.

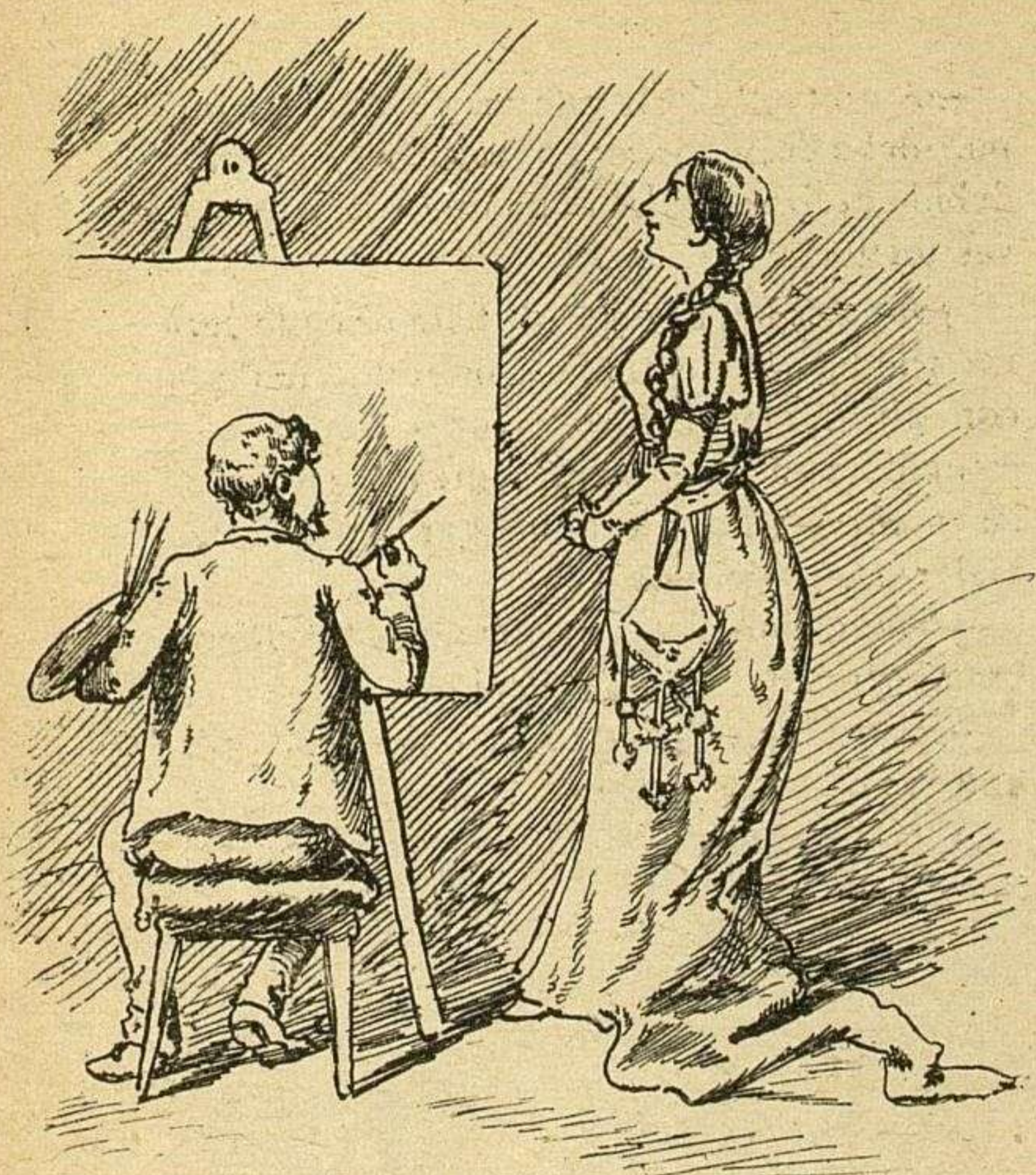
¡Oh! qué impaciencia de fiera oliendo carne; qué brutal alegría de ojos envileciéndose con guiñar malicioso y bocas riendo con estúpida risa; qué torpe contento embargó las oscuras almas de aquel par de pobretes, malévolos y viciosos...

—Vamos, no dirá Vd. que no es Vd. hombre afortunado, dijo D. Pepito.

—Pienso que tampoco se tendrá Vd. por hombre de mala sombra...

Y se estrecharon las manos y salieron del café.





V

—Este limosnero es más rico y hace además juego con el tahalí, escorrea blanca con botones de acero... á ver si puede Vd. conservar su misma actitud de ayer, decía Felipe á Carmen, una mañana pocos días después de aquél en que por vez primera babía entrado con su amiga en el estudio.

Un gran biombo desplegado en todos sus artículos separaba á Felipe y á Carmen de Andrés y de Isabel, que se hallaban en la otra parte del taller.

Carmen estaba vestida con un vestido claro de larga cola, hecho á la moda inglesa del siglo XVI, con el peinado bajo y el cabello partido en dos largas trenzas de un rubio de oro.

Felipe robaba con mirada de artista la noble y bella figura de Carmen y con expresión de hombre enamorado su rostro hermoso y cándido.

—No lo olvide Vd. y sienta el personaje para que Vd. sirva de modelo, bonitísima Carmen, decía Felipe pintando á la vez en el lienzo; Hamlet es la figura que falta... y ya digo á Vd. que es un príncipe que ha perdido ó que finge haber perdido la razón, por vengarse del asesino de su padre, casado con su madre, y á quien ésta ha servido de cómplice; es tan horrible lo que siente Hamlet, que se cree ya desligado de todo en la vida, y hasta repudia el amor de Otelia... ella se presenta á devolverle los regalos, los recuerdos de sus amores, y él la dice que se encierre en un convento.

En esto, con alegre vocecilla, exclamó Isabel, que había oído todo lo que Felipe acababa de decir á Carmen:

—Por tuertos ó derechos, estos caballeros

de hombres siempre hallan motivo para dejarnos cuando menos podemos esperarlo.

—Sólo cuando perdemos la razón, replicó Andrés, como le pasa á Hamlet, Vamos Isabelita, nada debe importarnos lo que pase en casa del vecino; estese Vd. quieta, si es que



esto es posible, y sigamos nuestra tarea; lo mismo que ayer... Póngase Vd. las rosas en la cabeza; es Vd. una moza soltera, una serrana

andaluza; la noche anterior no se presentó el majo á pelar la pava: esto la tiene á Vd. triste y desesperada; teme Vd. que el pícaro la sea á Vd. infiel... y espera Vd. verle aparecer jinete en su caballo y con el trabuco de contrabandista á la grupa del alazán; porque ha de ser un alazán.

—Lo ve Vd., Andrés, siempre lo mismo... yo creo que nunca les parecemos á Vds. más bonitas que cuando estamos enfadadas ó furiosas con las picardías que nos hacen.

—¡Es que nunca las miramos con más cariño...!

Ya habían logrado la mayor confianza de parte de los dos artistas, que no se cuidaron para nada de seguir fingiendo por más tiempo la farsa de los retratos de mujeres bonitas con destino á la exposición de hermosuras femeninas que, según habían dicho, debiera celebrarse en Viena; no tuvieron reparo en confesar que todo había sido un recurso para obligarlas á entrar en el estudio; habían confiado previamente en la indiscreción de la *señá* Gregoria: esto les hizo muchísima gracia á las muchachas.

¡Ah! sin duda alguna, cada vez estaban más enamorados los dos pintores de sus lindos modelos; les encantaba además saber que eran dos muchachas ordenadas, limpias y trabajadoras; no obstante, la desconfianza les

mantenía dispuestos á no ceder un punto en sus malos propósitos... no habían podido, por más que para ello hicieran cuanto les fué dado, separar á Carmen de Isabelilla...

Les habían hablado aludiendo indirectamente del negocio aquel de la carta, y lejos de hacerse de nuevas ó de irritarse, antes bien, parecía que ambas se ponían inquietas, ruborizadas y confusa.

—No cabe duda, son dos tunantuelas que tratan de pescar sus retratos y dejarnos á la luna de Valencia, decía Felipe á Andrés.

No les toleraban ni la menor libertad; eran dos mariposas con agijones de avispas; pero estaban, no obstante, algo más impresionadas con sus amigos... eran para ellas dos grandísimos pícaros que no se proponían otra cosa que burlarse de ambas.

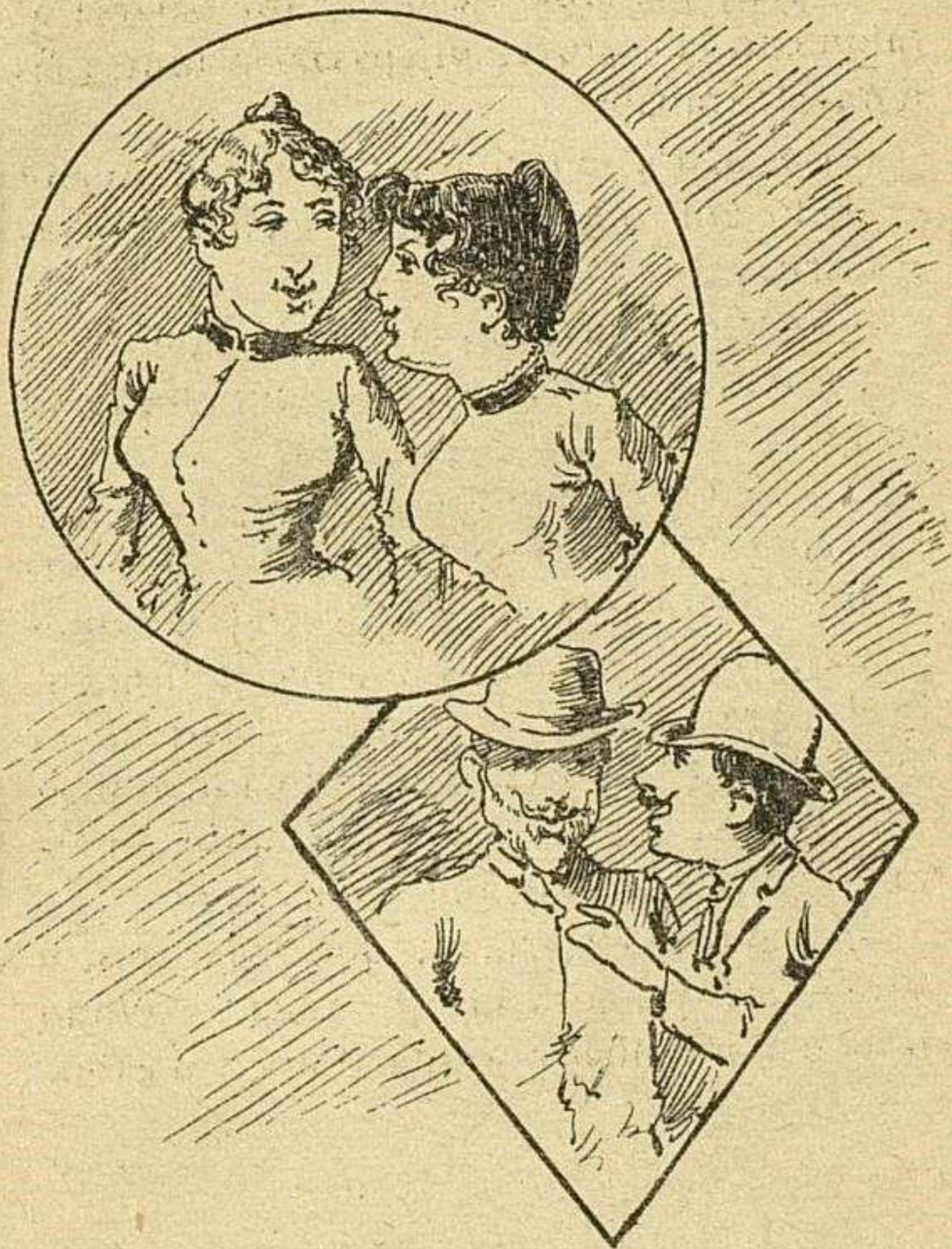
—¡Ah, qué cosas me dice Felipe...! Si no fuera porque le paro la lengua, quién sabe lo que tendría yo que oír... pero mira, á su pesar, me dice también algo que no dudo que le sale del fondo de su corazón.

—También á mi me dice algunas Andrés... ¿Si nos querrán, sin que ni ellos mismos se den cuenta de lo que sienten?

—Pero en fin, Isabelita, ¿qué es lo que te propones?

—¡Castigar sus malos pensamientos! Ya verás.

A los pocos días, los dos amigos tenían formado su plan, aprovecharían la feliz ocasión que se les ofrecía. Andrés y Felipe de-



bían irse á pasar ocho días al Escorial: les habían encargado unos trabajos; en realidad, los muy tunantes, preparaban una astuta sorpresa á sus amigas.

Los pintores dejaban á Carmen y á Isabelilla encomendado el cuidado y la limpieza del taller; ellas acogieron con regocijo el encargo; y pidieron licencia para bajarse al salón con la costura, allí pasarían juntas las horas de trabajo.

—Lo dicho, señorita, dijo Felipe; mucho cuidado con robarnos algún buen traje para el Carnaval...

—No tengan sus señorías temor, replicó Isabel, que cuando vuelvan, serán curados de su estúpida confianza.

No bien se fueron los pintores, Isabelita, que tenía las señas de la casa á donde habrían de ir á parar en el Escorial sus amigos, escribió una carta sin firma, y dirigiendo el sobre á Felipe, y con las referidas señas, la mandó al correo, diciendo á su amiga:

—Mañana la recibirá, él no conoce mi letra... ¿echaste las dos que te encargué?

—Sí, contestó Carmen; qué loca eres, y sobre todo, qué loca soy yo, que te ayudo en todo y sin saber por qué al fin y al cabo.



VI

Al día siguiente, poco más de las once de la mañana, Carmen é Isabel se hallaban en el estudio, cuando llamaron á la puerta; aquélla se levantó á abrir, y vió ante sí tres mozos de café, uno con una cesta de botellas, otro con una canasta de loza y un tercero con otra de viandas; el primero preguntó por Carmen.

—Es Vd.; pues para Vd. traigo esta carta, dijo el mozo.

—¿Para mí? preguntó Carmen asombrada.

—Para Vd., sí, señorita... me la ha dado el señor.

Cuando Carmen abrió la carta, y leyó lo que en ella iba escrito, estalló en terrible indignación...

—Habrás visto qué infame... Pues no dice que yo le he escrito, que le he dado una cita, y que cumpliendo con mi gusto, me manda el almuerzo de cuatro cubiertos... ¡Qué tío! ¿Cuándo le he escrito yo, ni cuándo le he pedido tal almuerzo, ni... qué enredo es éste...?

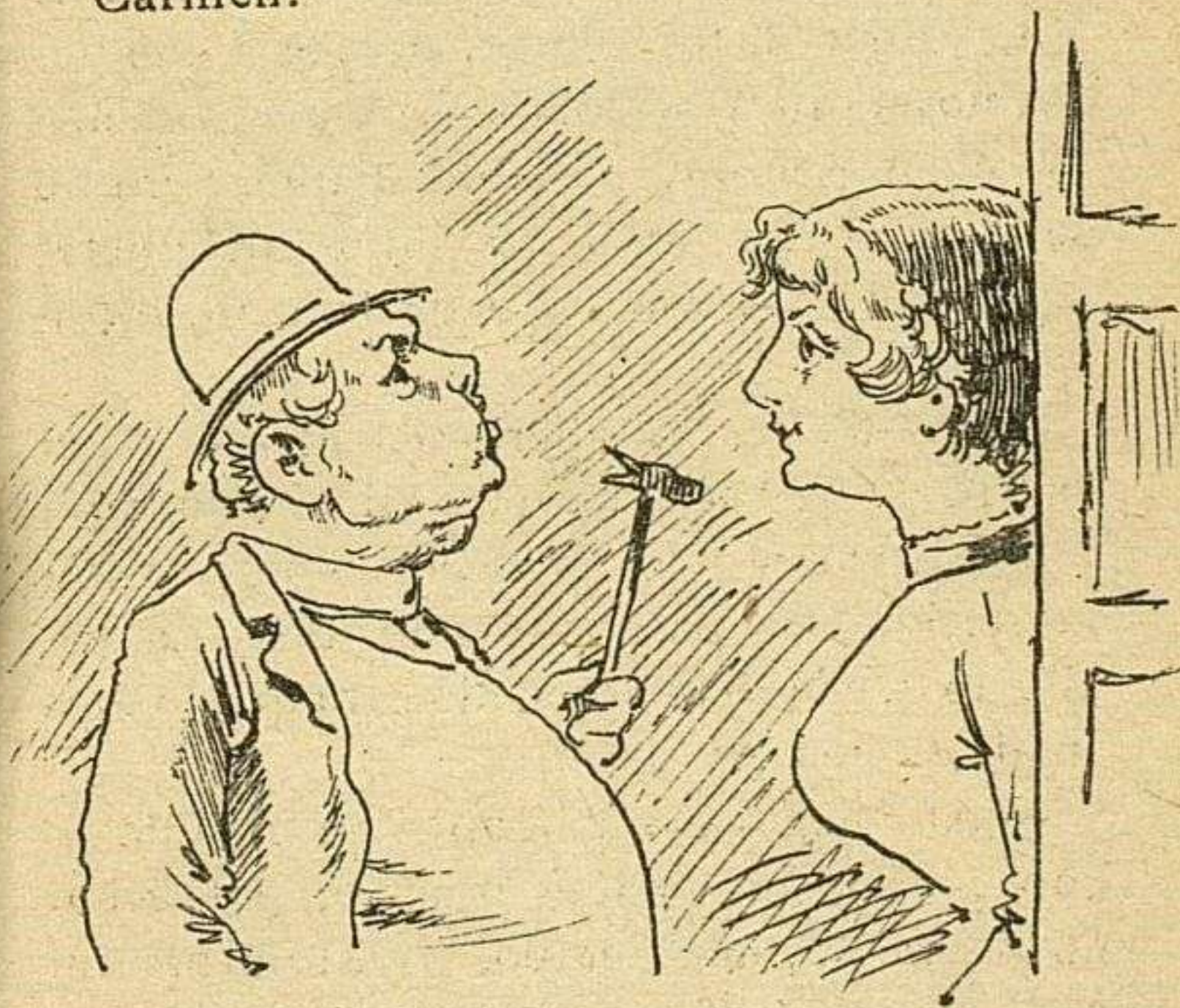
Isabel lanzaba carcajadas al ver el espanto de su amiga; por fin logró tranquilizarla, asegurándole que todo era obra suya, y que la dejase hacer, y la explicó el proyecto de cabo á rabo.

—Es la hora de almorzar, decía Isabel; Pavonazo vendrá á las doce menos cuarto, don Pepito á las doce y cuarto, no sabe el uno á dónde ha de acudir el otro, tenemos tiempo de dar fin con todo... por lo menos, con el cubierto de dos, para los otros dos, ya quedará.

Y se pusieron muy alegremente á dar principio y término á un espléndido almuerzo, no sin levantarse dos ó tres veces á

llevar una copita de vino al tío ó á la viejecita, ésta ó la otra golosina, y todo era reir y reir, hasta que de pronto quedaron mudos... al oír dos golpecitos en la puerta del taller. En un momento quedó oculta tras de unos tapices la mesa en que estaban almorzando, é Isabel corrió á su vez á esconderse en el mismo punto.

Acudió á abrir, no sin cierta repugnancia, Carmen.



Era Pavonazo, trémulo, jadeante, echando sobre la joven sus ojos saltones y fieros de lascivia...

—¡Ah, señorita! qué impaciencia, qué impaciencia la mía... No sé lo que hago des-

de hace más de hora y media... pasea que te pasea de una á otra parte... sin tino ni reposo... dijo aquel pellejo divino fuchinado, y quiso coger entre las suyas de carnicero una de las blancas manos de Carmen...

Esta, prevenida ya, lo evitó de un modo diestro, y como si no se lo hubiera propuesto...

—Me esperaba Vd., verdad, señorita... me esperaba Vd.... ¿Con que esa amiga de Vd., mujer de un pintor, accede á que nos veamos aquí? Yo recompensaré como debo á esa buena señora... Diablo, diablo, pero no se trata, según veo, de un pintor cualquiera, aquí hay muchísimo cuadro bueno, según veo...

—Es uno de los talleres del maestro... él trabaja con más frecuencia en el otro, aquí sólo vienen él y los modelos, contestó con mortecina voz Carmen, como niño que repite lo que le han enseñado para que lo diga en el examen.

—¡Ah! según eso, palomita, se trata de algún pintor... y Vd. es modelo; pobrecita, no lo será Vd. más tiempo, yo se lo prometo: nada ha de faltarle, nada seguramente... un precioso hotel, un bonito carruaje... cuanto guste... cuanto guste... decía Pavonazo...

Carmen se hallaba trémula de indignación, y de buen grado lo hubiera echado á

rodar, mandándole á paseo á las primeras de cambio, sin llevar más adelante la broma.

—Pase Vd. aquí, le dijo, conduciéndole á la parte opuesta á la entrada del taller, y que permanecía oculta por el biombo.

—Según veo, tiene mucha confianza con Vd. el maestro.



—Aguárdeme Vd. un momento, añadió sigilosamente Carmen, voy á por la mesita y

los dos cubiertos... no se mueva Vd. de aquí, por Dios...

—¿Cómo? ¿Por qué? preguntó Pavonazo.

—No por nada... pero le ruego que no se mueva de aquí; es lo que me han encargado al permitirme que le recibiese en este sitio. Porque quien me ha facilitado entrar aquí... es la mujer del conserje...

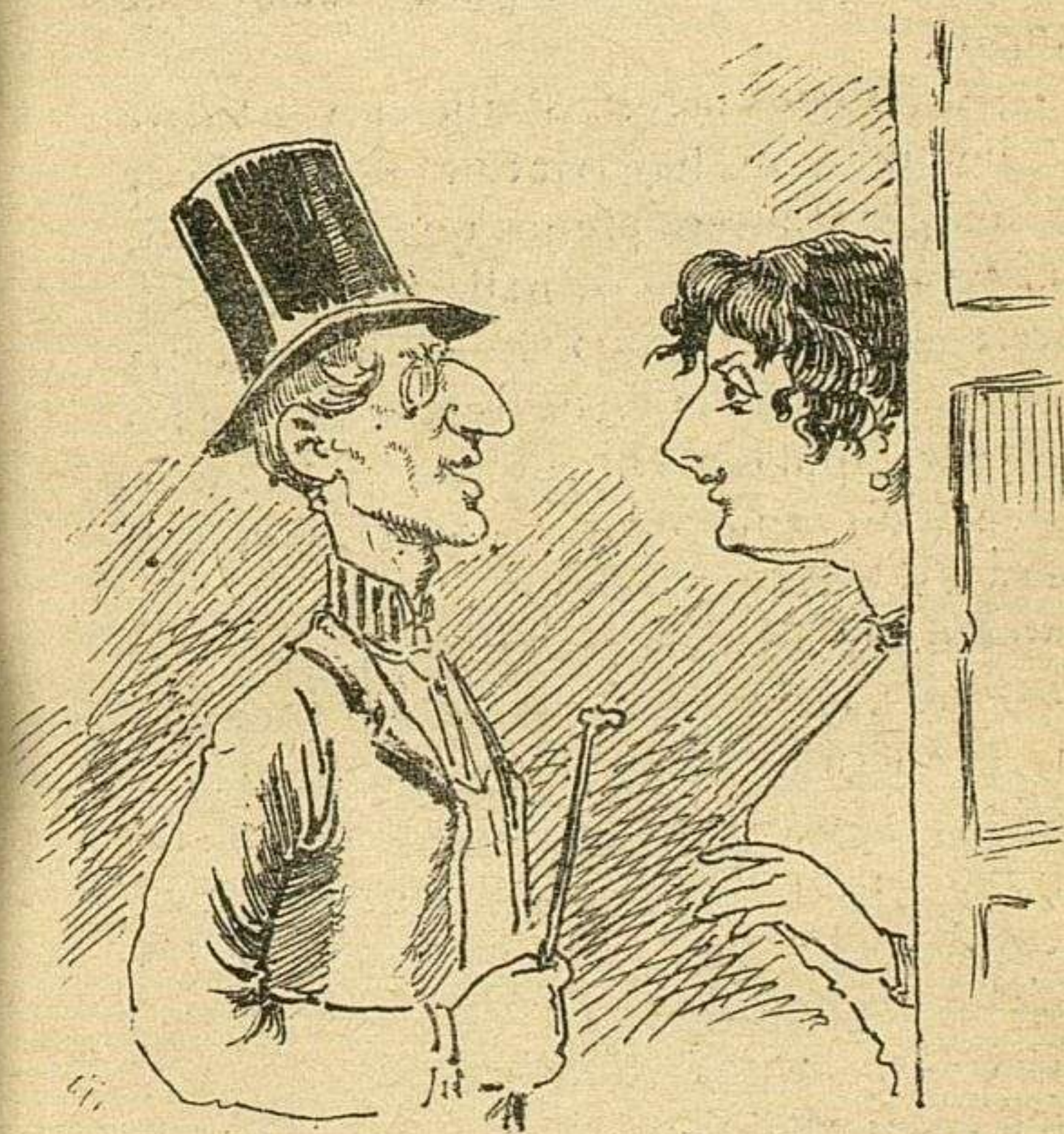
No bien dijo esto Carmen, pasó al otro lado del biombo y fué al tapiz tras del cual se hallaba Isabel.

Esta salió á su vez, dejando escondida á su amiga y dirigiéndose en derechura á la puerta del taller; la abrió, esperó algunos minutos, durante los cuales se oía lanzar terribles suspiros de fuelle de fragua al robusto Pavonazo; por fin, Isabelita vió llegar al que deseaba, al escueto y famélico D. Pepito, al cual, con la mayor socarronería, comenzó á hablar en voz muy baja y de este modo la muy pícara y traviesa Isabelita:

—Te esperaba con impaciencia y hambre. Aún no he tocado ni una migajita de los dos cubiertos que enviaste... Tú eres el primer fideo que hoy tengo ante las narices... Estamos completamente solos, no temo que nos sorprenda mi marido... ¡Oh! de ello estoy segura...

El pobrete de D. Pepito, tal vez no esperaba tan dulce acogida, ni le fuera posible ex-

plicarse lo que le ocurría; de tal manera hubieron de afectarle los exagerados gestos y ademanes de aquella muchacha.



Però ni tiempo tuvo de sentarse D. Pepito cuando tornaron á llamar á la puerta... era

la *señá* Gregoria, que venía á avisar de que por el extremo de la calle asomaban D. Felipe y D. Andrés...

—Antes de lo que esperábamos, murmuró en voz casi imperceptible Isabel, y añadió cerrando la puerta. No importa, mejor que vengan.

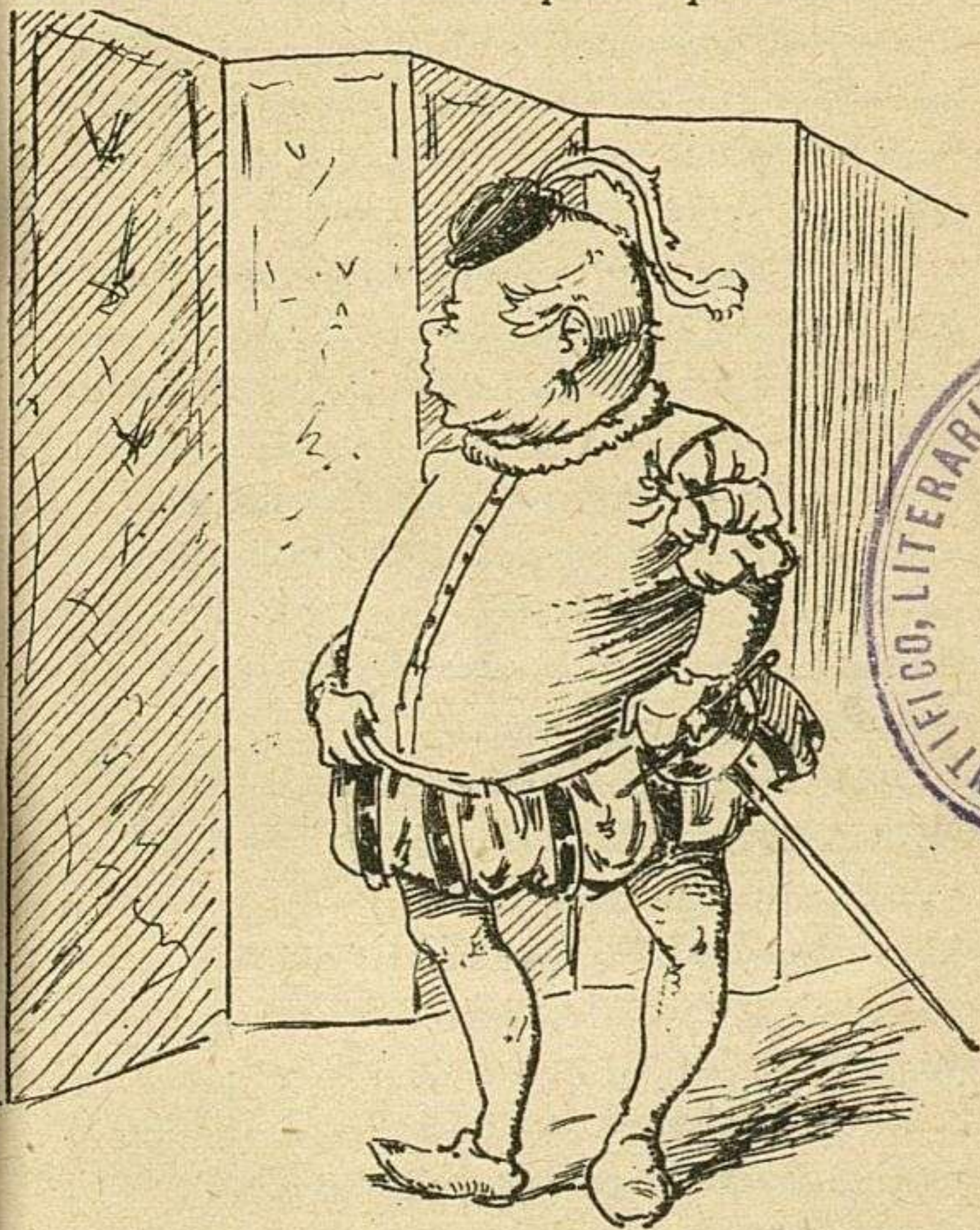
—¡Ah, somos perdidos! dijo en voz baja á D. Pepito... no hay remedio: el marido de mi amiga; el pícaro pintor, que debía venir más tarde á este sitio, se halla en el portal... parece que había dado aviso en la academia de que le mandasen modelos para ese cuadro de historia que esta ahí cubierto... El maestro tiene un genio terrible... además, yo soy perdida si Vd. no me salva...

—¿Que he de hacer señorita?

—Pues nada, pasar por modelo... ¡Que diablo, es cuestión fácil...! nos favorece la casualidad... quítese Vd. el *chaquet* y el chaleco: ahora pase Vd. á esta alcoba y póngase este traje de bufón... es la costumbre de los modelos que trabajan en la casa, esperar vestidos con su disfraz; sin disfraz le sería á Vd. difícil engañar al maestro.

Al poco de haber entrado D. Pepito en el sitio que Isabel le indicara, salía Carmen de su escondite y tenía lugar de la otra parte del estudio igual ó parecida escena entre Pavonazo y Carmen, y ésta hacía que aquél se disfra-

zase con un traje de D. Juan, que le sentaba como un trabuco á una virgen dolorosa, ó como á un santo cristo un par de pistolas.



.Pavonazo quedó oculto tras del biombo.
—¡Por Dios, no salga hasta que el maestro no llame á los modelos, que ya avisaré al conserje para que diga que al verle á Vd. le ordenó que se vistiera hasta que llegase el señor.

Igual recomendación hizo á D. Pepito Isabelilla.

Llegaron al estudio Felipe y Andrés, porque aquél había recibido al llegar al Escorial un aviso anónimo de que volviese inmediatamente á Madrid y á su estudio, donde él y Andrés verían cosas sorprendentes. Les recibió Isabel, no sin fingir al verle, alguna marcada turbación.

—¡Cómo! señorita, está Vd. sola... dijo Felipe.

—No señor, Carmen está conmigo. Y á qué debemos ésta rapidísima vuelta... maestro.

—¡A nada, á un involuntario olvido! contestó receloso Andrés.

—Calla, ¿almorzaban Vds. aquí?... gritó Felipe, alzando el tapiz, al cual se había encaminado, esperando hallar tras él algo oculto... Almorzaban, por lo visto, espléndidamente... En sálada rusa—faisanes, langosta, champagne.

—Creo que seremos dueñas de almorzar lo que nos parezca, señor mío, replicó indignada Carmen.

—Déjale, mujer, dijo Isabel... que él se ha de arrepentir; ¿verdad maestro?

—Ciertamente, está modesto el almuerzo, añadió Andrés con ironía...

—Pues maestro, nos alegramos de que ha-

yan llegado, precisamente por esto, para servirles un buen almuerzo... dijo Isabelita.

—Ah, no seas tonto, hombre... Habrá cosa mejor que aceptar el convite, dijo Andrés con despecho... é intentando abrazar á Isabelita, que no fué manca para propinarle un mogicón, ni muda, puesto que avanzando hasta el centro del taller, les dijo:

—Señores, un momento de atención, no queremos tener nada oculto, ahí están los modelos...

—¿Qué modelos?

—Ahora van Vds. á verlos, dijo, y fué á sacar de la mano á Pavonazo y luego á don Pepito, apareciendo entrambos tan grotescos, que no eran sino los dos puntos extremos de lo ridículo, la estupidez y la fealdad...

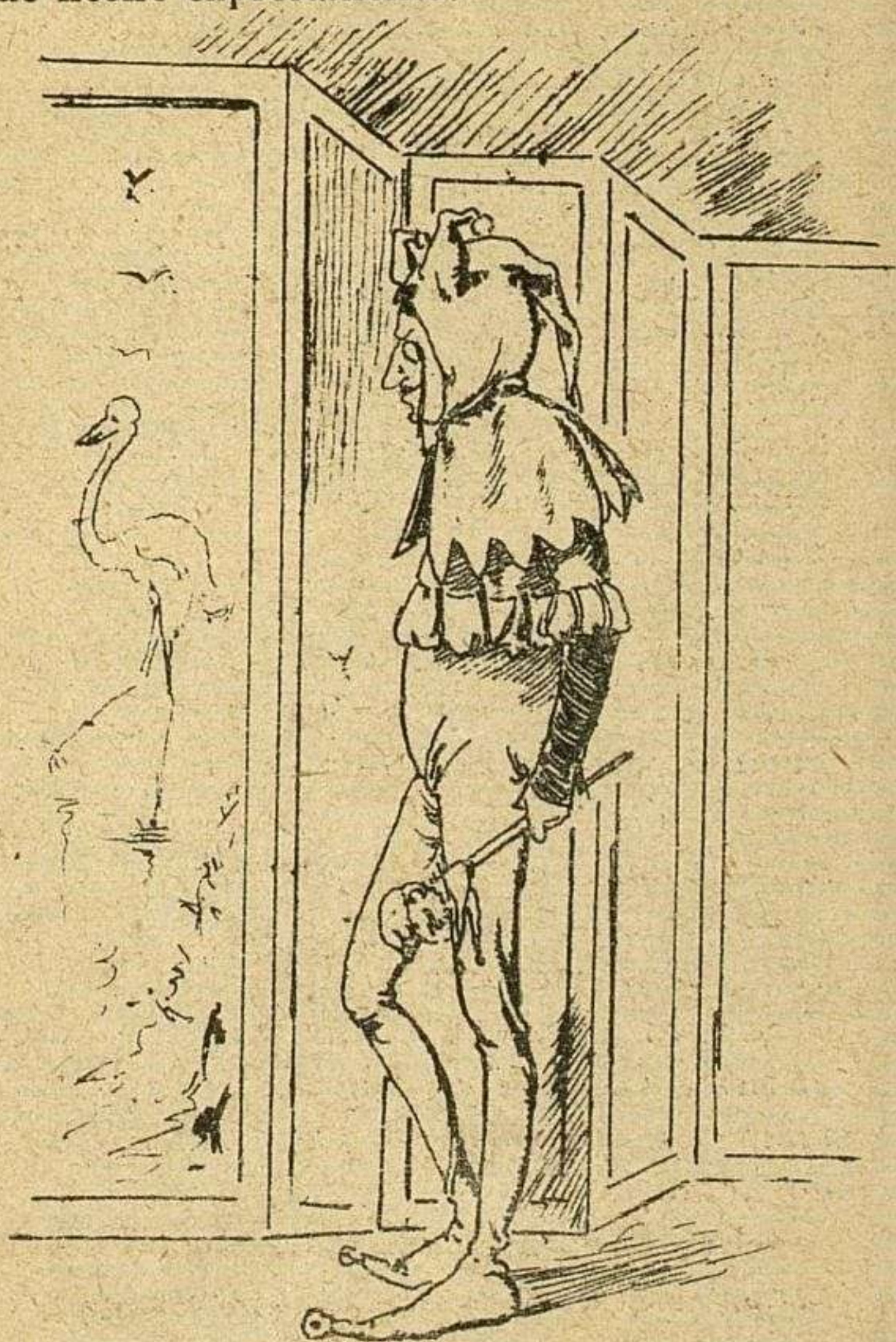
—¡Por Dios! ¿qué mamarrachos son esos? preguntó irritadísimo Andrés...

Era cosa que, no obstante, hacía morir de risa á Carmen y á Isabel, y cuanto más reían ellas, mayor era la sorda cólera de los dos pintores.

—Este es el maestro, decía Carmen á Pavonazo, el cual se ahogaba dentro de su traje de galán; panzudo y colorado, con su birrete de pluma verde en la testa, parecía la más extrambótica y rara caricatura.

—Este es el maestro, decía Isabelita á don Pepito, al cual cuadraba tan bien el traje de

bobo, que no parecía sino que para él había sido hecho expresamente.



Por fin, los pintores rindieron su enojo á la fuerza de la risa, al ver á aquellas dos ridículas figuras...

—Pero en fin, ¿quién son esos hombres?

—Los modelos, exclamó Carmen.

—Esto es, añadió Isabel, los modelos de amante... ¿Verdad, Pavonazo mío, que escri-



biste á Carmen brindándole el oro y el moro? ¿Verdad que de ella recibiste una carta de cita para dar fin en este sitio con un almuerzo de dos cubiertos que has pagado, pero no has comido? ¿Verdad, D. Pepito, que á tí te ocurrió lo propio conmigo?

—Señoritas, ¿que es esto,? preguntó Felipe.

—Pues qué ha de ser, que este par de peleles creen seducir fácilmente á las mujeres honradas y reciben estas lecciones; mírenles Vds. qué lindos están con esos trajes... pues así se han de ir á sus casas, yo se lo juro... El dinero, los papeles y el reloj, hé los aquí. Toma, Pavonazo... Toma, Pepito mío... Y Vds., señores artistas, añadió dirigiéndose á los pinsores, han sido llamados por un anónimo que yo escribí para que presenciaran esta escena... Conque ahora largo... ó si nó nuestros amigos les dan una buena paliza... dijo resueltamente Isabel á Pavonazo y á D. Pepito; pueden Vds., si quieren, llamar un coche de alquiler, pero es necesario que las gentes les vean en ese traje de seductores irresistibles.

Poco después, entre risas y jolgorios, los pintores y las modistas daban fin al almuerzo pagado por el Sr. de Pavonazo y por el gomoso D. Pepito.

Y no hace quince días, en otro almuerzo opíparo, celebraban sus bodas las alegres modistas, hoy mujeres legítimas de sus vecinos, Andrés y Felipe.

Y colorín colorado, el cuento se acabó:

QUIEBRA-CANTAROS



I

¡Por Dios que no parece sino que las paja-
juelas de la almohada se tornaron agujas,
que de guijarrillos está relleno el colchón y
nó de vellones, según lo que la cama moles-
ta á Teresa! ¡De buena gana buscaría ella á
tientas hasta dar con las medias y los zapa-
tos, y se levantaría á encender el candilejo en
el rescoldo del hogar, si no temiera hacer
ruído despertando á padre!

Diríase que había bebido, según las cosas que se le venían al pensamiento, ó que le había ocurrido alguna desgracia, tal era la pena que tenía en el corazón; no cerró los ojos en toda la noche; suspiró recio, moviose de uno á otro lado, y haciendo por desvelarse de un ensueño quimérico, volvía á él, y haciendo por dormirse, seguía despierta pensando en lo propio, sin acertar á decir si se hallaba mortificada de no dormir ó inquieta por una fatigadora pesadilla.

¿Y todo por qué? ¡miren qué cosa! Tentaba á risa el saberlo; pues ni más ni menos, que porque estando ella sentada á las piedras-grullas cerca de la carretera, vió llegar hacia aquel punto, montado en un caballo de los que pueden llamarse hermosos, á Fernando, el hijo del amo de los Zarzuelos, dehesa que no se halla muy lejos de los Castrojales, el pueblo donde la moza había nacido y donde entonces vivía.

Fernando le dió miedo y alegría al propio tiempo; la verdad es, que padre había dicho que Fernandín estaba muy mozo y cumplido y con portes de hombre y aires de galán y mucho señorío en la persona.

Cuando Teresa oyó esto, se echó á reir, esperando reirse en las barbas del señorito y darle, como hacía cuando los dos eran chicos, un torniscón, tentándole á correr y á

saltar, escalando como antes los árboles en busca de nidos, y como antes, jugando y riendo.

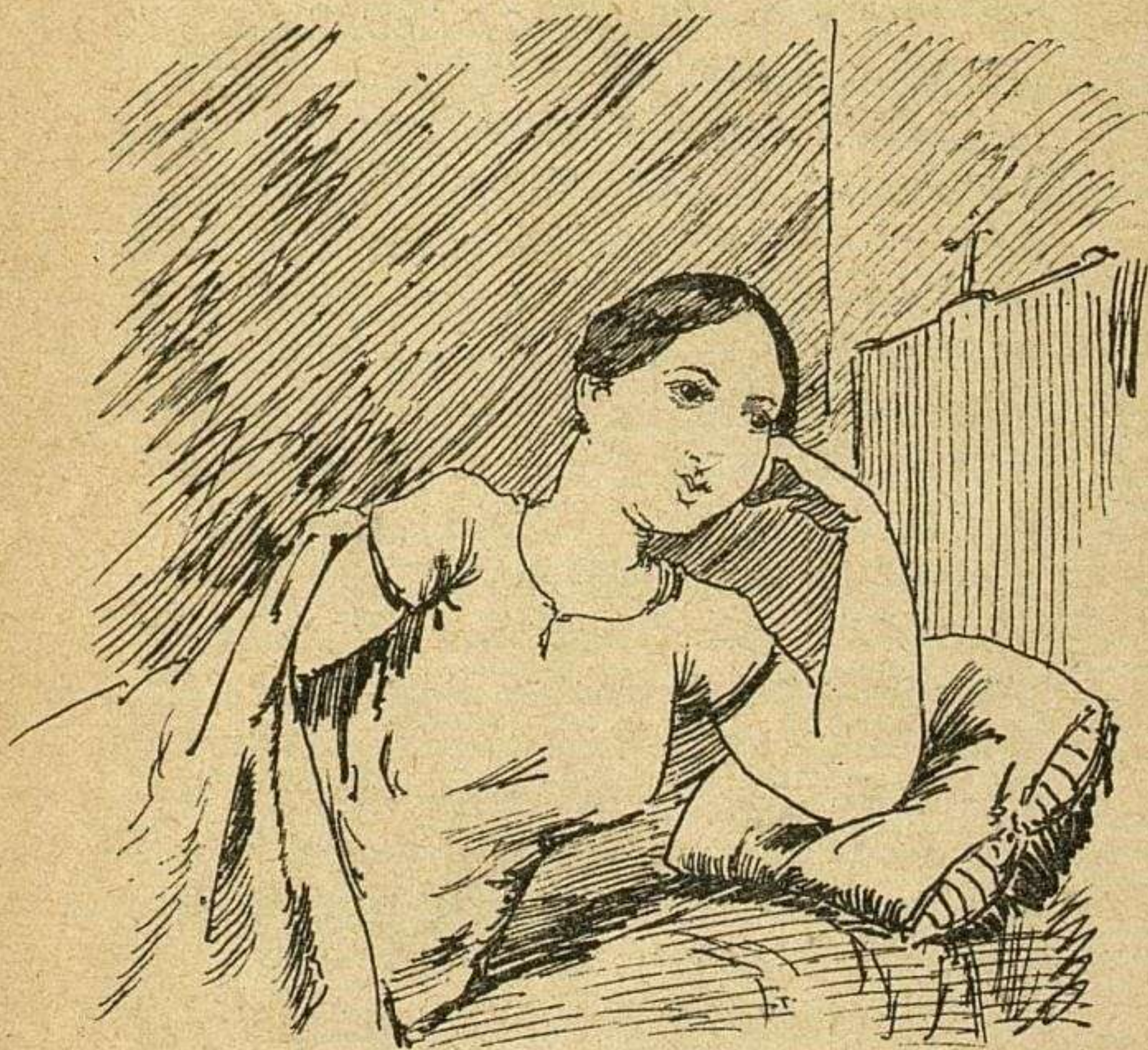
¡Cabal y justo! así ella había de respetar al nuevo señorito como respetaba al gato, cuyas orejas y cuyo rabo sentía tentaciones de pellizcar algunas veces sin daño y como provocación al retozo.

Pero cuando el señorito Fernando llegó, Teresa, que era dos años mayor que el jovencillo, se puso roja y estuvo aturdida, y no supo lo que contestaba... y le dió ceremoniosamente el tratamiento... ¡No era ya Fernando aquel muñeco con el que tanto había jugado! Y no bien se acostó, Teresa dió en pensar en el señorito, viéndole siempre ante los ojos, montado á caballo... alardeando de persona de valer; tenía la cara más seria, los ojos más grandes, bajo el negrear del bozo unos labios encendidos, más estatura, más pecho, más espalda, voz recia... los cabellos negros y ensortijados, y una expresión en el rostro... que encantaba, sorprendía y amedrentaba á Teresa.

Ella le habló como antes lo hacía él, con miedo; él, como antes acostumbraba á hacerlo ella, con marcado acento de protección.

Y pensando en esto y viendo esto, por el ventanuco del cuarto, creyó descubrir una tan indecisa claridad, que en un principio

juzgó sería ilusión de los ojos; después la claridad marcó las salientes vigas y las sombras de éstas en el techo, destacáronse los pesados racimos de uvas de colgar, que á modo de cristales de la araña de un salón pendían allí, y la cesta y una sarta de chorizos,



y por el suelo el arcón, el harnero y la artesa de amasar, multitud de objetos y algunos muebles que había en el cuarto de Teresa, todo fué descubriéndolo completamente la claridad del día en su rápido aumento.

Y Teresa no se levantaba; ya había entrado en la cerca Pedrucos el pastor; la moza había oído desde su cama el chirrido que producía el portillo al abrirle ó cerrarle; los bueyes volvían del bosque; se sentía ya el cascado sonar de los grandes cencerros; había percibido el rastrear de los zapatones de Lolo, que iba por su asna para llevar la leche de venta á la ciudad.

Cuando las campanas de la iglesia sonaron, Teresa llegó á pensar si padre se habría levantado ó nó; raro era el día que á la hora de tocar el chicuelo no se hallaba en la sacristía el padre de Teresa.

Esta se levantó por fin, se lavó en agua fresca y limpia, peinose con rapidez y destreza y salió á la cocina y allí recibió una viva sorpresa: Fernando se hallaba sentado junto á la puerta de la casa en un banquete de encina.

—Teresa, vengo por tí: has de ir á ver el corral del palacio—dijo Fernando.

—Bueno—contestó con voz debilísima la moza.

—Desde que tu padre y tú no os cuidáis de eso, tiene aprensión mi madre de que no hay el número de patos, pavos y gallinas que le dicen.

—Créame, señorito, que lo mismo le cuida la Cayetana que yo le cuidaba.

Así sería, pero la señora Marquesa, madre de Fernando, pensaba lo contrario de lo afirmado por la muchacha; ésta fué invitada por el joven á ir al palacio.

—¿Ahora, señorito Fernando?

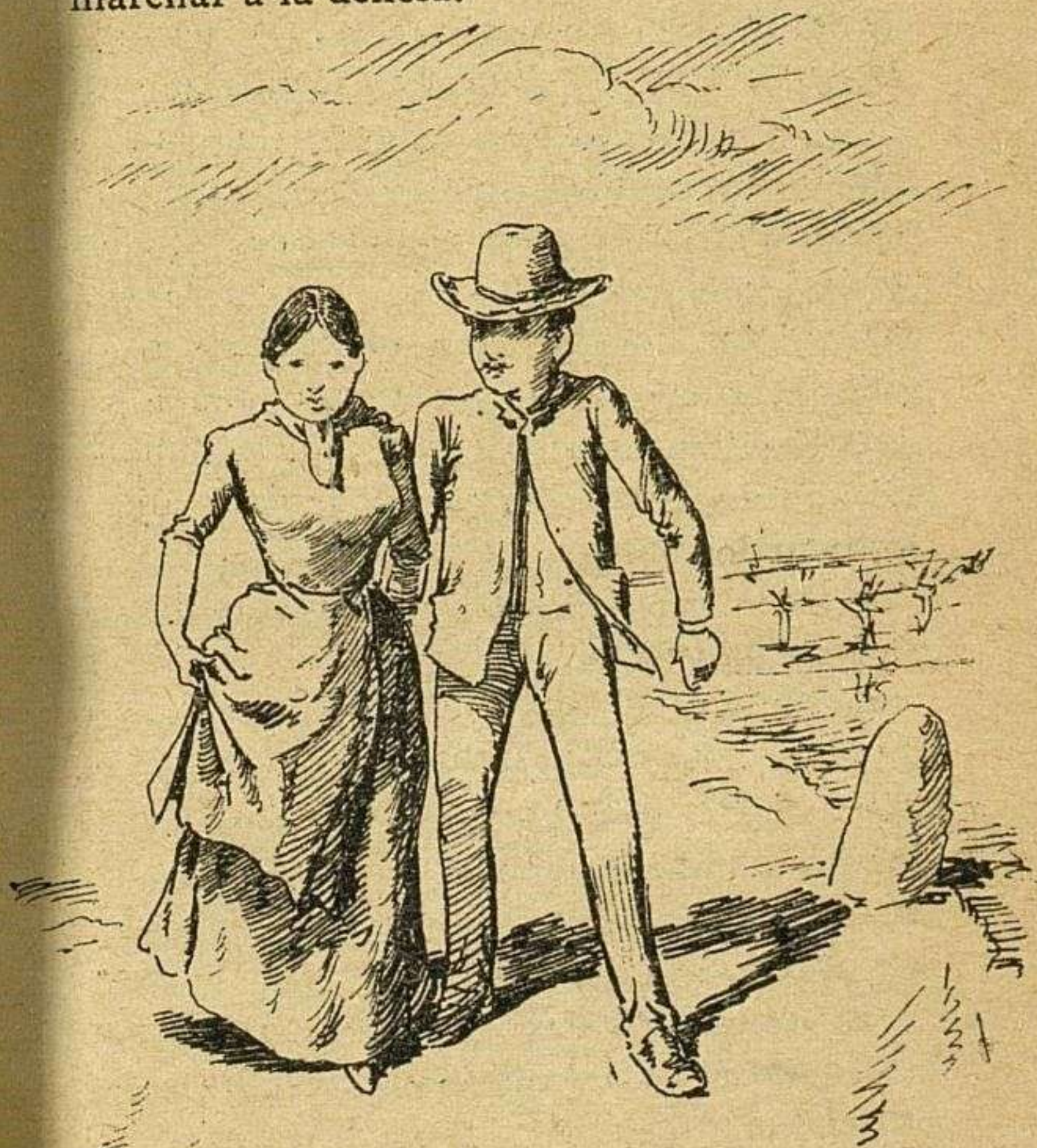
—Pues esto es, ahora; tu padre se ha ido á la iglesia. Ya le dije que venías, y lo que es conmigo te deja. ¿Te acuerdas de cuando colándote por el ventanillo del sobrado, saltabas al pajar y por éste salías á donde yo te esperaba, y nos íbamos á Palenciana, á Río Morjes, á Fuente los Picos ó Cerro Tilo, cerca de Mejorana?

Vaya si se acordaba. Se acordaba de cuando iban los dos á catar las colmenas, á levantar los pedruscos para aplastar alacranes, si los descubrían, á comer antes de tiempo las frutas de la huerta ó tirar piedras á las piñas en el pinar de Pazalete.

Había perdido Teresa todo temor y hablaba sonriendo al recordar todo aquello de que Fernando le hablaba, y éste y la moza charlando salieron de la casa y emprendieron al paso el camino del palacio.

El sol saliente tendía horizontales sus rayos; y los rostros de Fernando y de Teresa recibían la iluminación tenue de tono de fuego que se cobra á la mañana marchando cara al sol; tendíanse en vuelo rápido desde la alameda del pueblo al bosque de los Zarzue-

los, las bandadas de abejarucos bulliciosos, saltaban los gorriones por el camino ante los jóvenes, de los surcos salían escapadas las terrerillas y las caperuzonas, cuyas alas doraba el sol, y se veía el ganado de Pedrucos marchar á la dehesa.



Los jóvenes no se hablaban; iban como tantas veces cuando chicos habían ido silen-

ciosos á buscar esas aventuras de los niños en los campos, el hallazgo de una planta ó de un insecto raro, la sorpresa terrible que produce descubrir un reptil venenoso, la caza de pájaros y el robo de frutas y de flores.

¡Cuántos millares de pajarillos, rompiendo los huevos, escapando después del nido, habían volado por cima de aquellos campos, y cantado en aquellos lugares, y habían desaparecido, dando lugar á otros y otros, tanto como flores brotan y se renuevan en aquellos primeros movimientos de aparecer la vida primaveral, cuando el ambiente era tibio, cuando la luz era deslumbrante, cuando cada flor exhalaba su aroma y cada avecilla su pío! Fernando y Teresa se habían hallado juntos, asombrados, gozosos y libres.

—¿Se ha de quedar por aquí mucho tiempo el señorito?—preguntó Teresa.

—¿Por qué me dices *el señorito*? Cuando no haya gente delante, llámame como me has llamado siempre—dijo Fernando sonriendo; y descubriendo el temor y el asombro pintados en los ojos de Teresa, añadió:

—No abras tanto los ojos, mujer.

Y entonces la miró Fernando; hasta entonces no lo había advertido: Teresa había crecido, y sin duda, como no salía, como cuando era niña, á picardear, el sol no quemaba tanto su cara, que estaba más blanca;

la boca era fresca, los colores hermosos; bien sabía ya el cadetillo Fernando lo que eran mujeres bellas, y á no saberlo, hubiéralo aprendido con sólo mirar á su amiga; el pelo de ésta era de un color castaño con centelleos de oro al sol, el cuerpo gracioso y esbelto.

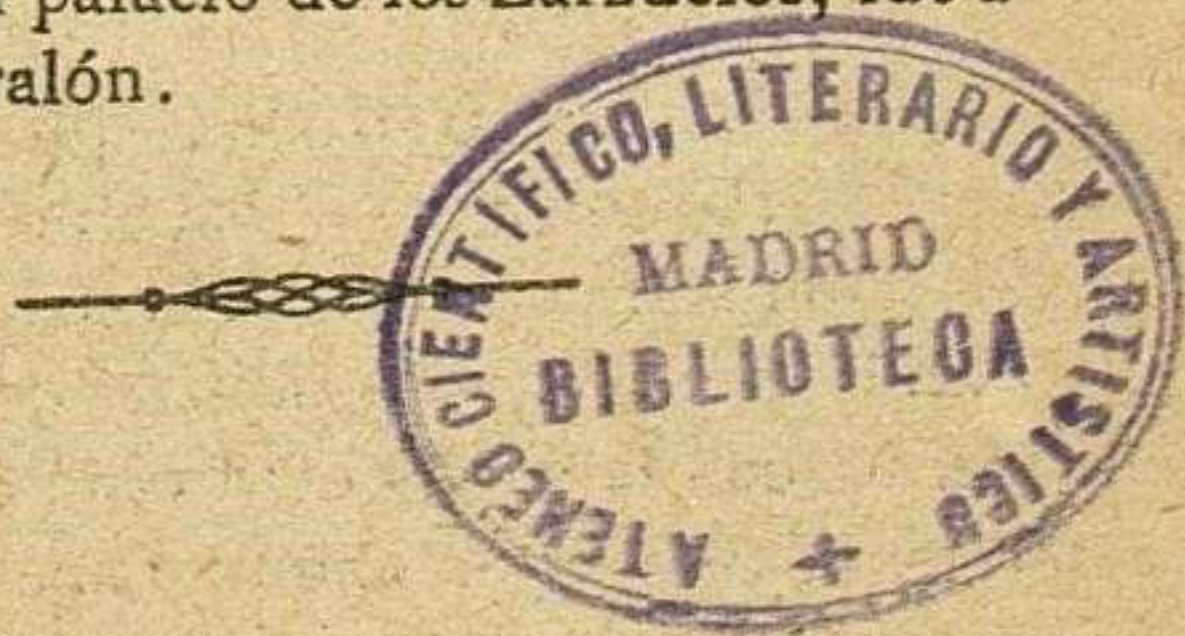
La verdad era que Fernando tenía cariño á Teresa; pero al verla tan linda, sintió una inexplicable alegría.

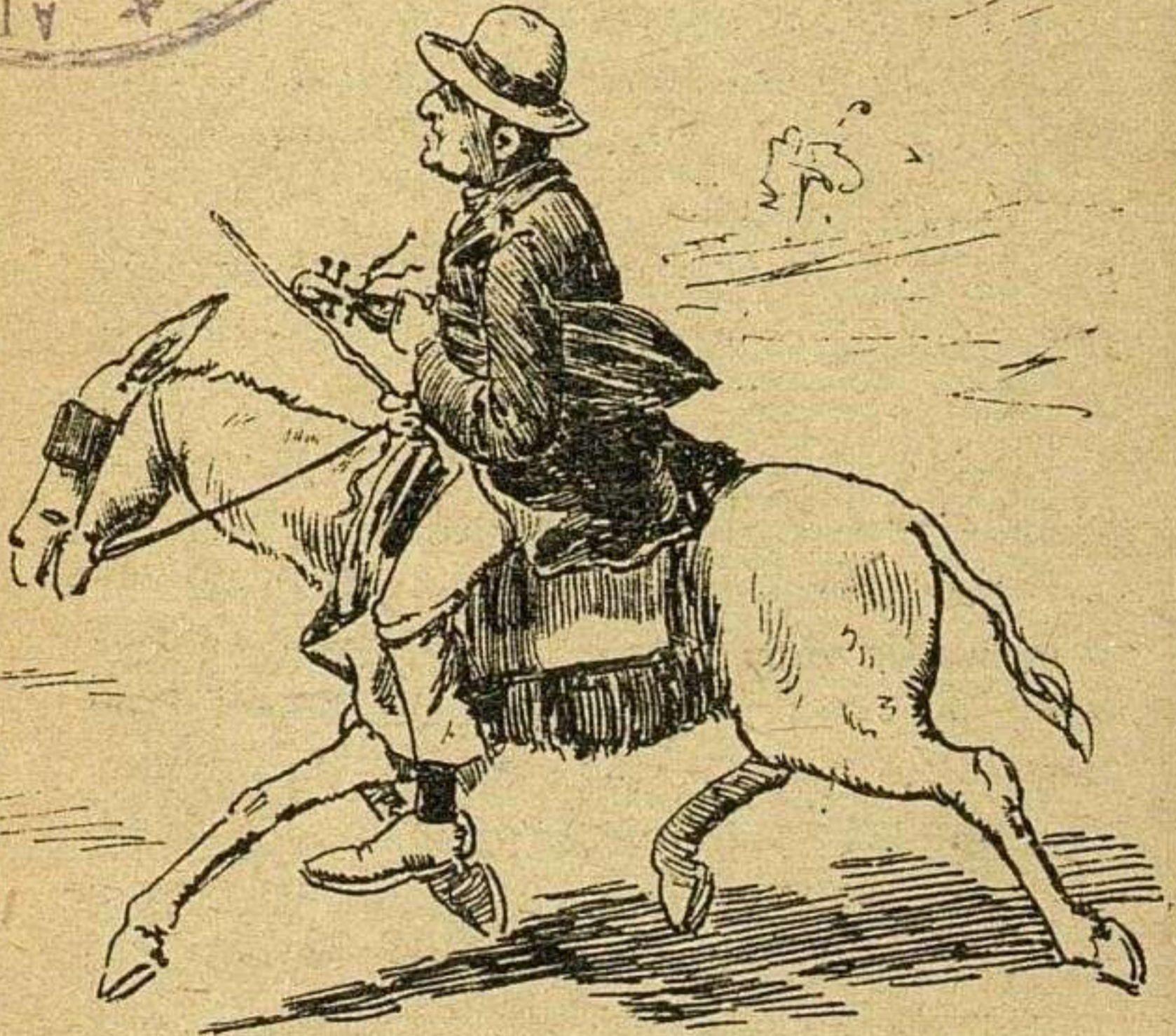
—¿A que no sabes—le dijo el joven—por qué tienen algunas personas que yo conozco los ojos grandes?

Teresa se encogió de hombros sin comprender la malicia de la pregunta.

—Pues para que se puedan ver y no los pierdan los pies que son tan menudos y lindos, como está á la vista, porque he de mercarte unos zapatos que sean de oro y te sirvan de zapatos y de pendientes.

Una ardorosa mirada del joven, todo el fuego juvenil abrasó á Teresa; confusa, ruborizada, entontecida, siguió á Fernando, el cual, precedido de un criado, no bien hubieron llegado al palacio de los Zarzuelos, fué á visitar el corralón.





II

Quien quiera que fuese el que encontrara camino de Segovia al sacristán de los Castrojales montado en su asnuelo, con el violín enfundado y el envoltorio bajo del brazo izquierdo, con la vareja del fresno en la diestra para avivar por agudo flagelo al borri-

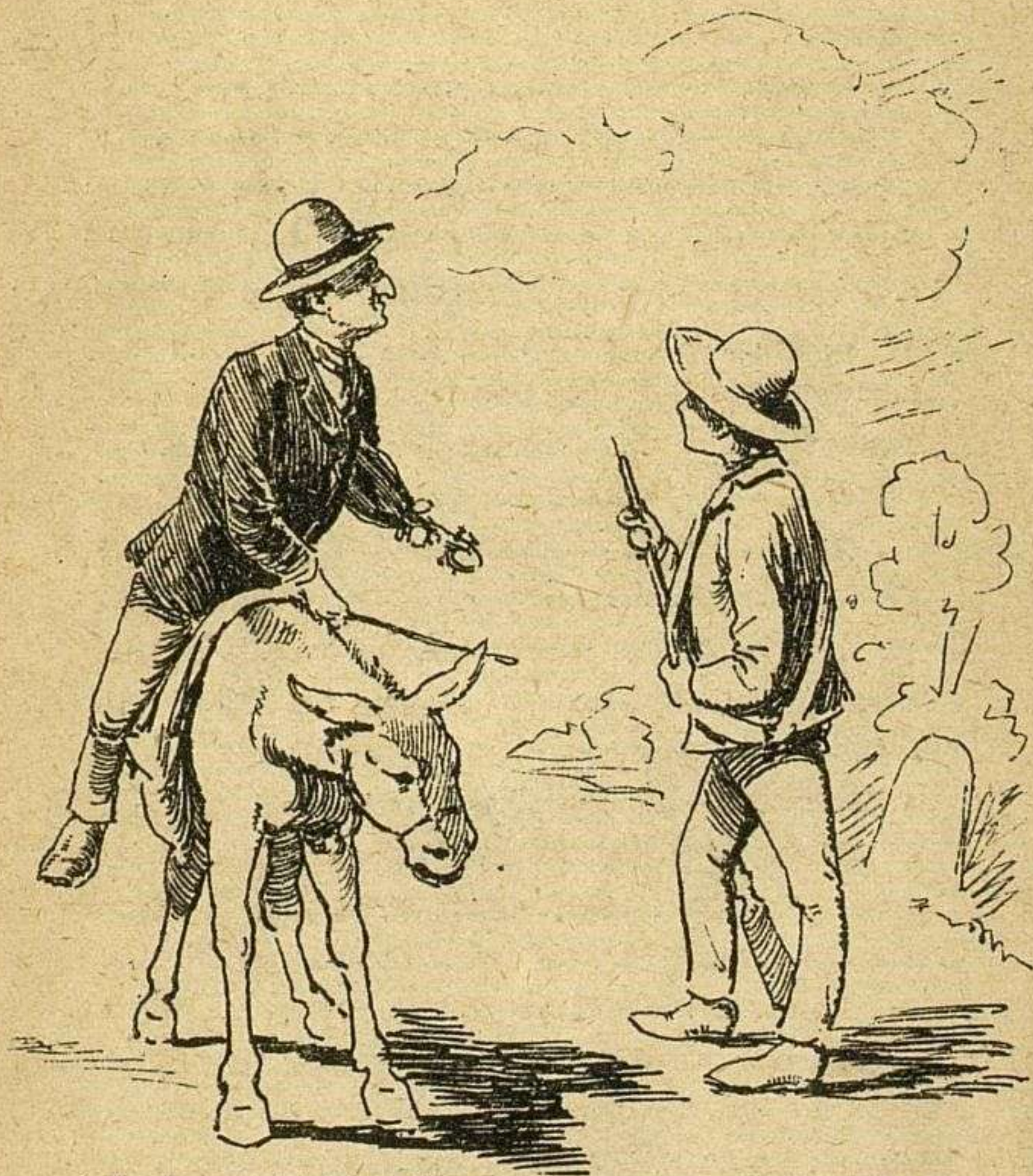
quillo, el cual, no bien sentía el latigazo en las ancas, aguzaba las orejas y ponía pies como el viento ligeros; quien viese á Tiesteban, el sacristán de los Castrojales, padre de Teresa, menos triste, menos grave, con ojos vivarachos y sonrisa de hombre satisfecho, no hubiera reconocido en el músico de los bailes rival del gaitero, al cantor de vísperas y de entierros, roba cabos y apaga velas, ni al medidor de trigo, ni al negociante en granos que tenía el pueblo.

—A buen andar, señor Tiesteban, que la madrugada ayuda y la gente está de fiestas—decíale una mañana Vitorio, el guarda-bosque, atajando al asnuelo en que el sacristán venía montado.—¿Dónde bueno?—añadía poniendo en tierra la culata de la carabina y apoyando la mano derecha en la bandolera de chapa dorada.

—¿A dónde he de ir, Vitorio, si no es á la Mejorana y á Urraca á ver si se hace danza en la plaza ó se canta la salve en la iglesia?—replicaba Tiesteban.

—Y como no les da á los de aquí por música de *vigulín*, volverá Vd. con su música, á no ser que vinieran señoritos de la ciudad ó de la villa, que esos bailan *abrazaos* y se sobresaltan en cuanto que oyen pitar la gaita, ó el racataplán del *tamborín*. Pero diga, Tiesteban, ¿cómo es que nunca lleva de fun-

ción á la hija? Ya es bien moza, y el paño en el arca se apolilla... mejor que, como suelen



decir, se vende. Nadie compra lo que no le enseñan y palpa, que ha de mirar si es de buen ver y de buen hilado.

—Déjeme, Vitorio; más sabe el cuerdo en su casa que el loco en la ajena; la chica no está por esos salti-brincos; además, bien sabe Vitorio que hacen ruedas en el aire los milanos.

—Vaya, que es malicioso, Tiesteban. Apuesto á que por aquello del niño del amo, cuando la decía que si el pelo era negro visado de azul como ala de vencejo, si tenía boca como golosina de confitura, y de si Dios la había dado aquellos tan grandes y hermosos ojos [para que pudiera verse la menuda gracia de sus piececicos, que bien me acuerdo de haber oído estas lindezas al amo, se escama el sacristán y guarda á la más lucida y vistosa doncellica de esta tierra.

—Del señorito nada he de temer ni de ella... se han criado juntos como hermanicos. Yo me sé lo qué he de temer... No ando descaminado... Crea que jamás hice malicia sin causa, y déjeme ir, que tengo prisa, y la misa mayor en las Mejoranas está á empezar, según que repica mi compradre Andriés—contestó aturdido el sacristán.

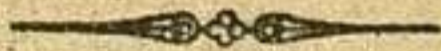
—Vaya en gracia de Dios, Tiesteban; pero deje que la moza venga á los bailes que alegra su padre; no sea el regocijo sólo para el *vigulín* y el que lo toca.

—En casa dejé á la moza, así la guarda y la casa á ella—dijo Tiesteban.

Dicho lo cual arreó al asno, y á paso rápido, en trote picadillo, el burro puso danzando al aire las faldillas de la levita, las alas del sombrero, los cordones de la funda donde iba el violín y las vacías alforjas, dando á todo el vivo movimiento de su acelerado caminar.

—¡Queda en casa!—pensó Vitorio sonriendo.—Tiesteban no estará de vuelta hasta mañana, en Mejorana no hay fuente, á la madrugada vendrá Teresa á Quiebra cántaros... ¡Pobre sacristán! canta á los santos y azuza danzas... ¡El buen paño en el arca es robado!

Y el viejo guarda-bosque, arma al hombro, siguió en opuesta dirección á la que había emprendido el sacristán con su borriquillo.





III

Hacia el lado por donde á la empinada de Cerro-Tilo se sube, en el fondo de una pedregosa grieta cercada de zarzamoras y escaramujos, se halla la fuente de Quiebra-cántaros.

¡Quiebra-cántaros! el lugar de maliciosas murmuraciones; el lugar de las sospechas y de los temores. Quiebra-cántaros se halla entre los Castrojales y Mejorana.

Forma la grieta, desde la poza al valle, un lecho de guijas, por el que corre un cintillo de agua que el prado bebe y en él se empapa, cobrando lozanía y frescura. Si se quiere llegar á la poza de la fuentecilla, hay que saltar peñas formidables y oscuras, muros deformes que parecen una defensa de titanes para resguardar el gracioso capricho de aquel manantial en estrecho cerco. El camino, es quebrado y desigual, le escalonan agudas piedrecillas puestas en filo y en puntas, que destrozan los pies, como los zarzales inmediatos desgarran los vestidos.

El ganado bebe en abrevaderos hechos cerca del prado con pedruscos y mimbrales; los pastores suben al manantial; allí se arro-dillan, se apoyan en las palmas de la mano, echan atrás el sombrero, y bajan la cabeza hasta tocar con sus labios la fuente y besar los de la imagen de su rostro, que reproduce la límpida superficie de la poza.

Las mozas llenan sus cantaritos, cerrando con piedras la parte más escalonada del arroyuelo, y valiéndose para coger el cordón de agua de una caña que de caño les sirve, y con él llenan los cántaros, las garrafas y los botijos.

Difícil y expuesto era bajar con el cántaro á la cabeza ó á la cadera por el áspero sendero de pedruscos; pero el agua de Quiebra-

cántaros, es la más dulce de todas cuantas hay por aquellos contornos; su manantial nunca se agota.

Cuando á esta fuente se dirigía Teresa muy de mañana, llegó á ver á la moza al cabo de cuatro días que no la veía, Fernando su amigo; habíaseles dado broma con aquello de que si eran ó no eran novios, y esto acrecentó de tal modo la confusión y el miedo en el ánimo de la joven, que no hacía sino por no encontrarse á Fernando.

Este, por el contrario, la buscaba, iba á su casa, y parecía muy complacido si por su suerte la hallaba.

—Teresa—dijo al aparecer brúscamente ante la moza—andas como si no quisieras verme, y ahora he de acompañarte á donde vayas.

—No... no puede ser—contestó con timidez Teresa. Voy á Quiebra-cántaros.

—Bueno, ¡qué se me da! Voy contigo á la fuente... de nosotros nadie puede hablar, sino que nos metemos en todas partes como cuando éramos niños.

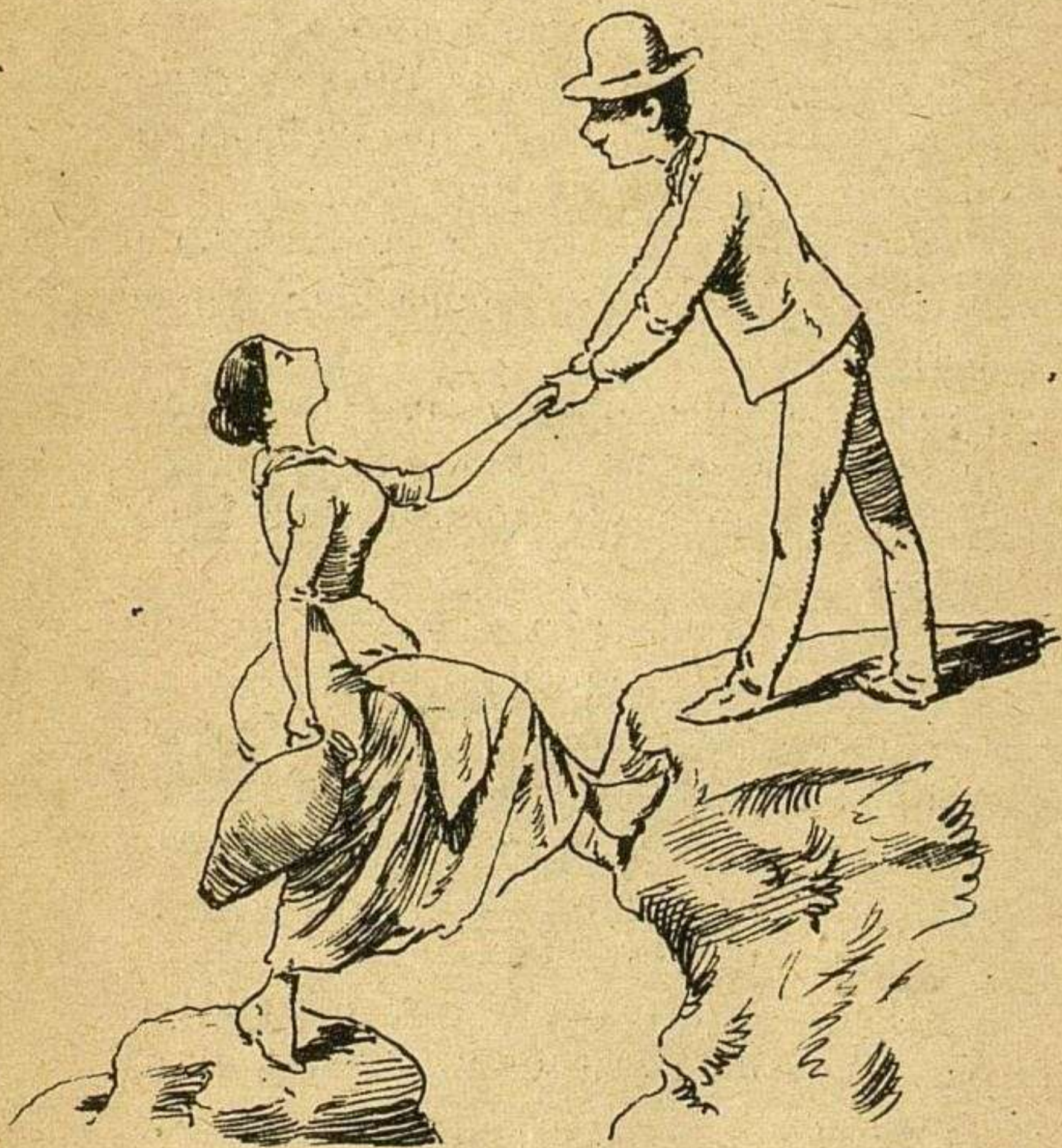
—Pero ya no lo somos.

—Pero yo, mañana me voy á Segovia... Ya ves, he de pasear un día contigo, un día siquiera...

Y así hablando siguieron, ella temerosa de sí misma, y él alegre y sin maliciosos in-

tentos; habían convenido en no llegar juntos sino hasta las peñas del Tilo.

¡Ah! pero hablando y riendo, al poco tiempo Teresa parecía la niña y Fernando el niño de hacía dos ó tres años; él había salta-



do á una altísima roca para ver desde allí el valle y dió la mano á Teresa, que á su vez

saltó, sin soltar el cantarito; comieron moras de las zarzas y pan de centeno que Teresa llevaba en el bolsillo, y por fin, sin darse cuenta ni uno ni otro, se hallaron junto á una fuente...

—¡Ya estamos en Quiebra-cántaros! — exclamó sorprendido el joven.

—Váyase, Fernando—dijo Teresa volviendo repentinamente á su temor... Diríase que el airecillo gentil que estremecía las hojas de las zarzas causaba el temblor extraño que agitaba á Teresa.

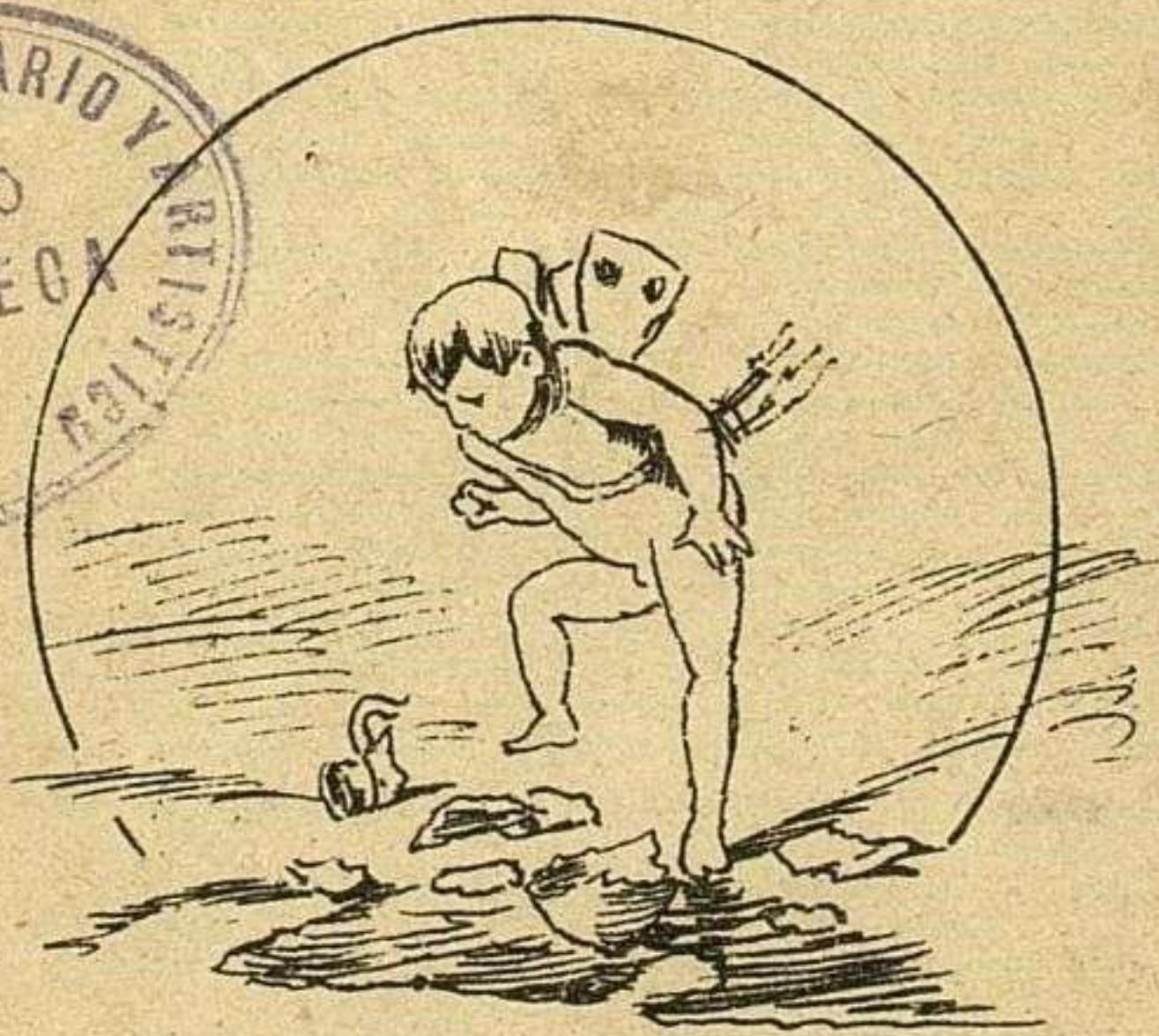
¡Qué terrible acción la de los recuerdos suscitados por aquella fuente! ¡qué dulce y maliciosa risita descubría el intento de Fernando! Era aquel lugar un lugar de espera y de acecho, de perfidias y engaños; bajaban las avecillas á beber y quedaban ligadas á las varetas del niño cazador.

—Mañana me voy, Teresa; no nos hemos de ver más, quiero despedirme de tí—dijo triste y dulcemente Fernando.

Teresa preparaba la cañuela para llenar el cantarillo y volvía á suplicar á Fernando que esperase fuera del cerco y no dieran motivo á burlas; y cuando quiso alzarse, Fernando hizo porfía de abrazarla, logró su intento y... ¡oh fatalidad! ¡perverso destino!... sucedió... lo peor que pudiera ocurrirla en Quiebra-cántaros para dar motivo á murmuraciones...

El cántaro cayó al suelo y se hizo mil pedazos.

Era y sigue siendo Quiebra-cántaros un lugar de engaños. Como en el cielo las nubes traslucientes ú opacas forman fantástico, mentido y caprichoso juego, allí las rocas, ora sombrías, ora teñidas de sol, fingen singulares apariciones, la luna arranca de allí misteriosos encantos, los ecos se producen, se cree edificio lo que es roca, arbusto lo que es sombra; voz lo que es resonancia... amor lo que es un peligroso jugueteo.



BIBLIOTECA MISTICA

—

Un tomo mensual UNA peseta

~~~~~

## TOMOS PUBLICADOS

- I.—Con la ayuda del Médico.
- II.—Solemnes gozos.
- III.—Tocando el órgano y La Penitencia.
- IV.—Los Católicos.
- V.—Los hijos de los padres.
- VI.—Quiero ser cura.
- VII.—El amor y los frailes (García-Vao).
- VIII.—La Cardenala.

—

Forma cada uno de estos tomos un bonito volumen de 96 páginas con profusión de dibujos y cubierta en colores.



BIBLIOTECA MODERNA

---

**HISTORIAS DE AMOR**

POR

JOSÉ DE SILES

---

Un tomo en 8.<sup>o</sup> mayor, DOS PESETAS.

---

**LA NOVELA DE URBESIERVA**

**NARRACIONES**

POR

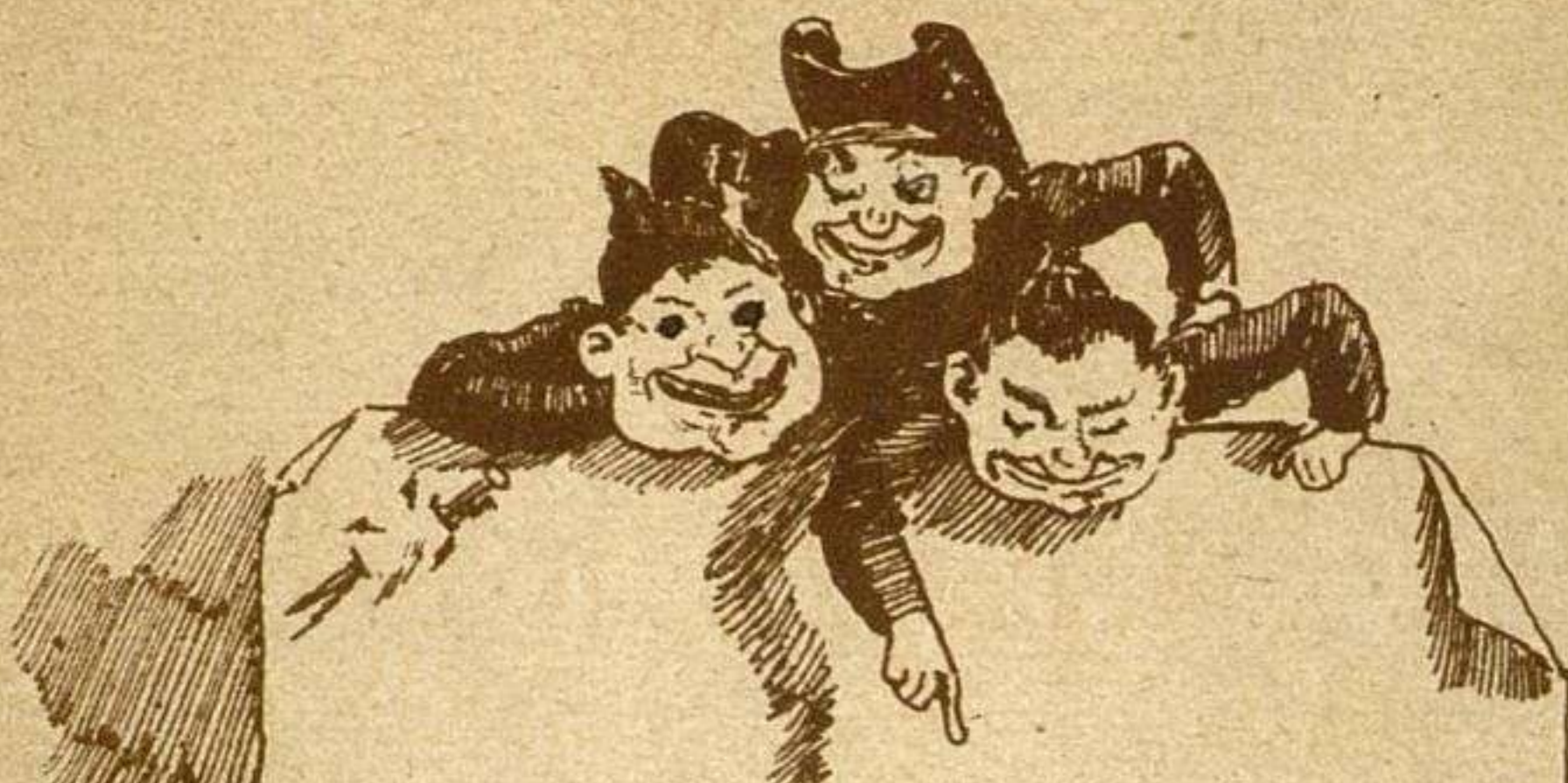
J. FRANCOS RODRÍGUEZ

---

Un tomo de más de 200 páginas, con 30 grabados  
y cubierta á dos tintas. Precio: 2 pesetas.







## BIBLIOTECA CÓMICA

UN TOMO MEMSUAL UNA PESETA.

### TOMOS PUBLICADOS

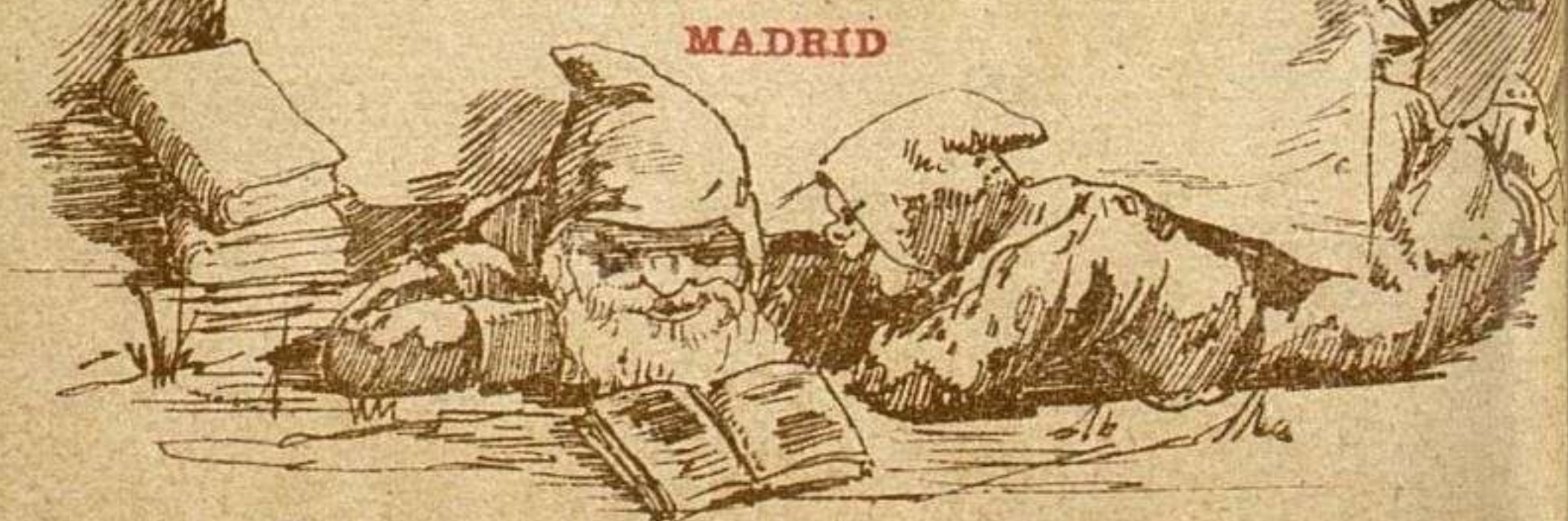
- I. Los Curas en calzoncillos. } 2.<sup>a</sup> edición.
- II. ¡Ya no hay vírgenes!
- III. El Misterio de la Encarnación.
- IV. Curas y Beatas.
- V. Bodas Místicas.
- VI. Amor entre faldas.
- VII. Penas y apuros.

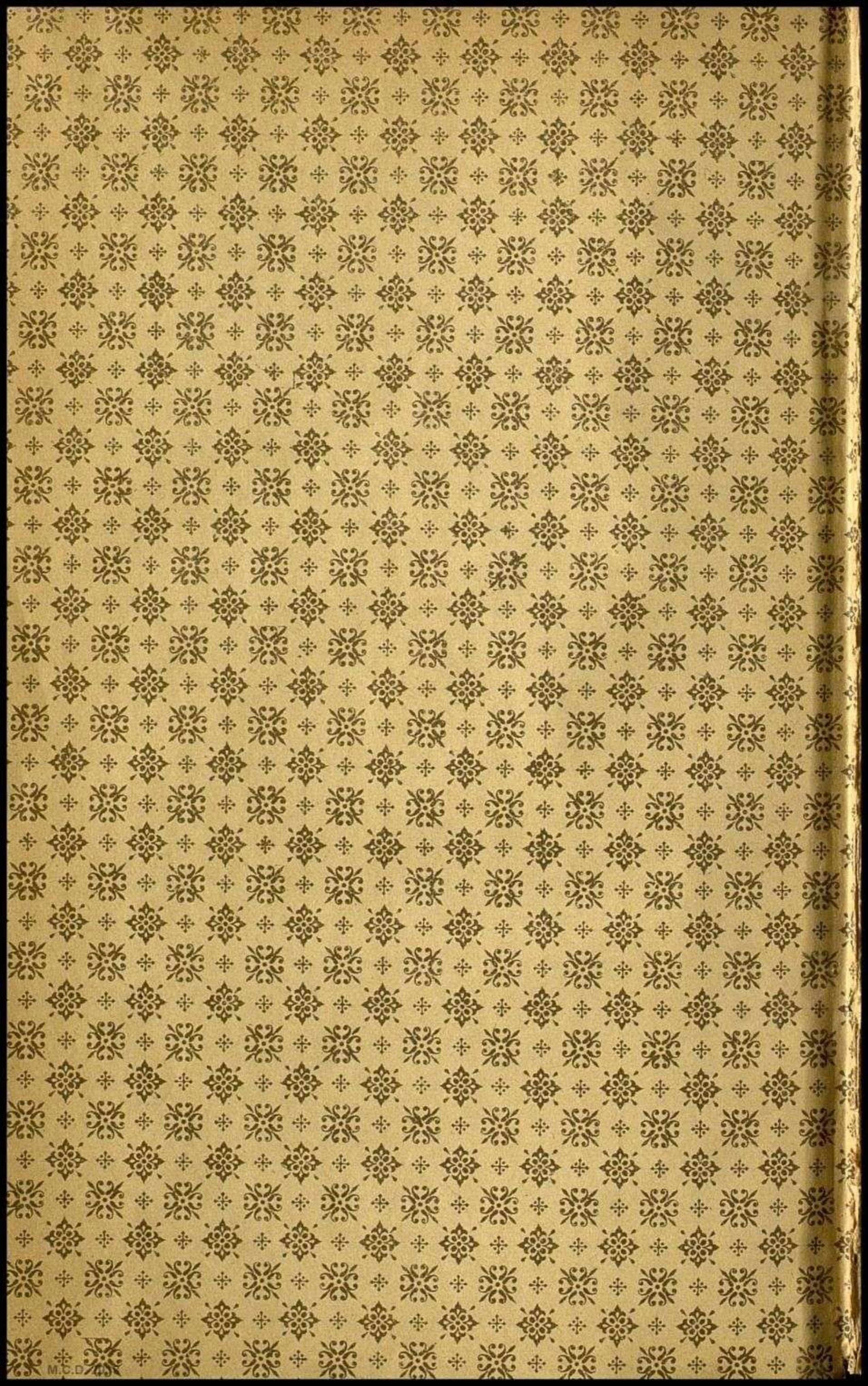
**DIEGO C. ROMERO**

EDITOR

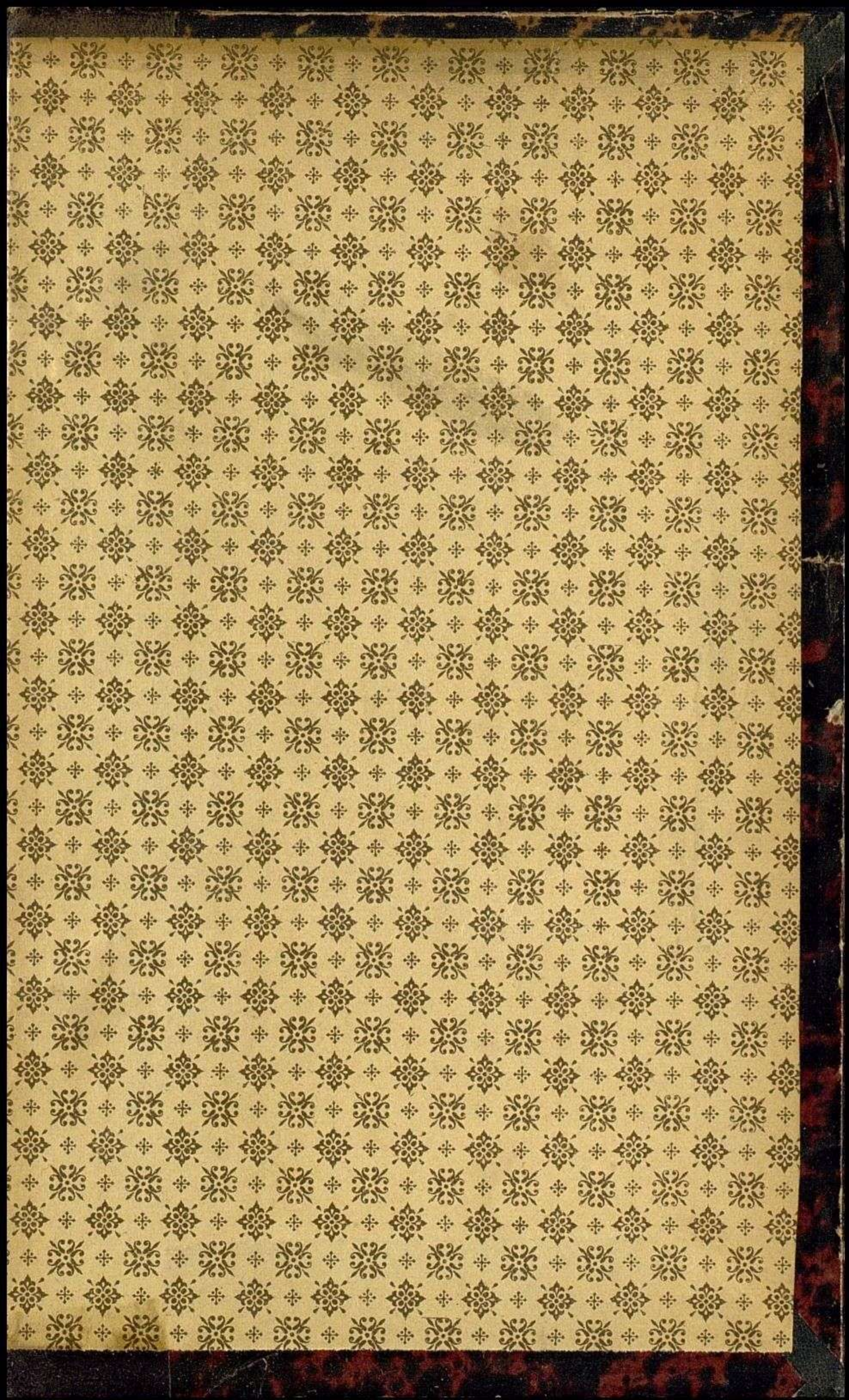
REJAS, NÚM. 4, ENTRESUELO

MADRID











FOLLETO

753

ATENEO

x-rite

colorchecker CLASSIC

18

vara de medir de Pica-granos.  
porcelana... tapices de salón y de  
sombrija japonesa... multitud  
prendería ó de almacén de anti  
fin, muchos cuadros... todo lo  
estudio de un pintor.

—El pintor ese me parece j  
no es mal parecido.

—No me hables, Isabelita de  
mejor día le coge el viento las  
ventana, siempre está asomado  
bo tras de la cortina mira que  
cia mi corredorcillo.

—Puede què se haya enamo

—Ya se sabe: para mi amiga  
do entero está enamorado de C  
comprendo cómo puedes quer  
siempre como estás burlándot  
guasa y sandunguita mimosa..

—Como hueles á manteca, p  
bo queso. ¡Quién sino tú, gran  
piensa que cuantos me miran  
míl ¡y eso no es burla?

—Pero no podrás negarme q  
está alelado.

—Ese desde que nació... no  
gomoso más cargante: es lo pe  
no lo dudes. ¡Querrás creerm  
veces confundo su cara con la  
que lleva por puño en el bastón

100mm